



EDMUNDO BIANCHI

CARLOS V

EDITORIAL
Atlántida
BIBLIOTECA
Billiken

CARLOS V

ESTE LIBRO

LA primera mitad del siglo XVI fué pródiga en monarcas ilustres, a pesar de lo cual resalta con eminente relieve la figura de Carlos V, no sólo por la extensión de los dominios que alcanzó a regir —España y sus colonias, Flandes, Austria, Alemania—, sino también por las virtudes de prudencia y arrojo de que hubo menester en circunstancias tan complicadas como las de su época y en medio de enemigos fuertes y sagacísimos.

La lucha contra los comuneros de Castilla es el pasaje que más puede entristecernos de su brillante historia, y fué la consecuencia de haber empezado demasiado joven su reinado en España, sin conocimiento de las más vivas tradiciones del país y rodeado de una corte extranjera.

Retirado en el monasterio de Yuste después de voluntaria abdicación, aún siguió influyendo con su consejo en los destinos de España y Europa.

En este libro se presenta, junto a los grandes rasgos que definen históricamente su acción y su tiempo, las pequeñas anécdotas que ponen en familiar cercanía su carácter más íntimo.

21/108
BIBLIOTECA BILLIKEN

COLECCION VERDE

CARLOS V

Síntesis biográfica

por

Edmundo Bianchi

ILUSTRACIONES DE
LISA

EDITORIAL ATLANTIDA, S. A.
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ATLANTIDA, S. A.
DERECHOS RESERVADOS.
HECHO EL DEPÓSITO
QUE EXIGE LA LEY.

Esta obra se terminó de imprimir en la Imprenta Frigerio,
para la Editorial Atlántida, el día 20 de octubre de 1940.

I.

EL MUNDO EN EL SIGLO XVI

1. — SE ABRE UNA ERA DE GRANDEZA

LA figura histórica cuyos principales rasgos vamos a esbozar en estas páginas resalta en los anales de Europa como una de las más notables, no sólo por sus acciones, sino por la profunda huella que marcó en la vida de los países que, directa o indirectamente, sintieron el poderoso influjo de su indiscutible grandeza.

Tan enorme fué la extensión de los acontecimientos que se desarrollaron bajo el imperio de Carlos V y tanta trascendencia tuvieron en el desenvolvimiento ulterior de la vida de las naciones de Europa y de otros continentes, que necesitaríamos vasto espacio para referirlos. Forzoso nos será, pues, limitarnos aquí a

narrar los más culminantes hechos de aquella personalidad.

Los historiadores que no se concretan a narrar los hechos que se suceden en el mundo, sino que observan éstos a la luz de un concepto filosófico, han expresado ya en distintas formas sus opiniones respecto a las causas que originaron la grandeza del imperio de Carlos V. Unos atribuyen a éste la gloria de los principales acontecimientos desarrollados en Europa durante su vida, mientras que otros manifiestan que fué el conjunto de condiciones históricas que coincidieron en aquel período lo que ofreció a Carlos la oportunidad de desarrollar una obra tan vasta y tan intensa.

Por lo que vamos a observar en las páginas que siguen, hemos de sacar en consecuencia que si efectivamente el mundo —y especialmente Europa— a principios del siglo XVI ofrecía un material propicio para la labor de un gran gobernante, la verdad es también que ese gran gobernante se concretó en la fuerte personalidad de Carlos V.

Pero para presentar en toda su integridad esta culminante figura, conviene darle el fondo verdadero sobre el que debe resaltar en su más neta realidad.

Y es así como consideramos necesario exponer, en

brevísimos trazos, cómo era el panorama del mundo en la época del advenimiento de Carlos.

2. — LA GEOGRAFÍA POLÍTICA DEL AÑO 1500

Tomemos como punto de referencia los primeros tiempos del siglo XVI, en cuyo año inicial nació nuestro biografiado.

Y comencemos por considerar cómo estaba dividida políticamente Europa —ya veremos cómo al presentar el mapa de Europa tendremos que extendernos a otros continentes— en aquella época.

Francia era un país unido, dichoso en su riqueza y seguro en su grandeza. Alemania, en cambio, era una nación dividida en múltiples principados, algunos vastos, otros insignificantes, lo mismo que Italia, que era un conjunto de pequeñas Repúblicas y dominios regidos por el esplendor de Venecia, llena de riquezas de oro y de arte. Inglaterra está bajo el dominio despótico de Enrique VIII. Es fuerte en su aislamiento y poderosa y respetada. Los Países Bajos ostentan orgullosamente sus magníficas ciudades, centro de las industrias y del comercio más poderoso de Europa, cada una con su gobierno, pero unidas en un mando central. Suiza

dividida en múltiples cantones independientes, proveedora de valientes guerreros mercenarios que se colocaban a sueldo bajo cualquier bandera. Y, para no extendernos más, España, que acaba de conquistar un nuevo mundo, y que se siente cada vez más grande en riqueza y en poder, gracias a las hazañas inverosímiles de sus guerreros, que están conquistando las tierras vírgenes y opulentas de América.

3. — LA GEOGRAFÍA ESPIRITUAL

El gran desarrollo de la imprenta en esta época había difundido la cultura en los medios a la cual antes era inaccesible, y se fundaban en toda Europa universidades y centros de estudios. Los grandes descubrimientos y el primer viaje alrededor del mundo exaltaron la curiosidad de las gentes por los conocimientos de la geografía y de las ciencias naturales. Este fervor de estudio y esta ansia de renovación realizaron la época más luminosa de la historia moderna, que se llamó el Renacimiento.

Pero ese fermento espiritual se dilató hasta lo más íntimo del alma humana y llegó a hacer temblar el pedestal, que parecía incommovible, de la religión más

difundida en Europa. En efecto, nuevas ideas pretendieron modificar las bases de la Iglesia, y el moderno espíritu se difundió por toda Europa provocando aquella gran conmoción que se llamó la Reforma, y de la que hablaremos más adelante.

4. — LOS PADRES DE CARLOS

Acabamos de pintar a grandes trazos el fondo, para colocar sobre él el retrato; pero para hacer resaltar en éste los rasgos principales de su fisonomía. vamos a hablar primero de aquellos que le trajeron a la vida, a fin de que cuando aparezca la figura podamos observar en ella los caracteres heredados, la marca profunda de la estirpe.

Fueron padres de Carlos V, Felipe, llamado el Hermoso, Archiduque de Austria, y Juana, apodada la Loca, hija de Fernando e Isabel, reyes de España.

Felipe fué rey sólo tres meses, muriendo a los veintiocho años. La muerte de Felipe fué repentina y ella causó un episodio conmovedor, del que fué protagonista Juana.

El estado mental de ésta se conmovió tan profunda-

mente con la muerte de Felipe, que la sumió en una desesperación muda, pero no por eso menos trágica.

Habían ya enterrado a Felipe con toda la pompa y los ritos propios de una ceremonia tan solemne. La corte, de luto, estaba en expectativa para observar qué hechos se producirían en esos días, ya que forzoso era creer que, una vez el esposo sepultado, Juana, por más dolorida que estuviese, debería pensar en todos los actos de gobierno con que habría que afrontar la nueva situación del reino.

Pero Juana, reclusa en sus habitaciones, sin permitir que nadie llegara hasta ella, no daba señal alguna de que su voluntad se manifestara en una orden, en una decisión que esperaban con anhelo todos los que la rodeaban.

Cortesanos por una parte y servidumbre por otra, reunidos en corros, comentaban en voz baja la extraña actitud de aquella reina taciturna, de quien se murmuraba y hasta se afirmaba que siempre había estado loca, pero que ahora parecía estarlo más, con su presente manera de ser.

Pero de repente, cuando los comentarios y los chismes se habían casi agotado, por excesivas manifestaciones, una noticia inverosímil, impresionante, casi ate-

rorizadora, corrió por el alcázar y se difundió como el estremecimiento de una explosión.

Unos no querían creerlo. Otros, exaltados y asustados, afirmaban cosas fantásticas.

La reina, por fin, había salido repentinamente de su actitud silenciosa. Había abierto de par en par las puertas de su alcoba, y desmelenada, pálida, los ojos hundidos en lo más profundo de sus órbitas e iluminados por una extraña luz, había lanzado un grito, había llamado a todos, había dado una orden, una orden terrible, aterradora, macabra:

—¡Traedle! —había aullado más bien que ordenado.

—¡Traedle! —había repetido. Y, para aclarar su voluntad tan brevemente expresada:

—¡Desenterradle! ¡No ha muerto!... ¡Traédmelo aquí!

En sus años infantiles, una de sus ayas le había relatado una historia: un rey bueno y hermoso que había muerto joven, resucitó después de catorce años.

Y su Felipe era bueno, y era hermoso como ninguno. Y él también iba a resucitar.

Y le trajeron el cadáver. Y ella misma abrió el féretro. E hizo acostar el cuerpo en su propio lecho, y allí lo vistió con sus mejores galas, y lo perfumó y lo cubrió de besos.

Y sentada junto al lecho, permanecía de día y de noche, sin tomar alimento alguno, con los ojos fijos en el rostro de aquel a quien había amado tanto, al que amaba ahora más que nunca, porque no estaba muerto, porque resucitaría, no sabía cuándo; ahora o dentro de catorce años, como el rey del relato de su vieja aya, pero resucitaría.

Y ahora sí sería para ella sola, y no como antes, que siempre huía de ella, aventurero y caprichoso.

Y así lo veló día y noche, sin dejar entrar a nadie a su cámara, celosa de todos, especialmente de sus damas.

Hasta que un día la vida llamó a sus entrañas. Juana hubiera necesitado auxilio, pero no quería que mujer alguna entrara en la cámara donde estaba su amado.

Y así, sin más ayuda que la materna, tal como los hijos de los más míseros, una hija de reyes vino al mundo. Era la infanta Doña Catalina.

II

CARLOS, PRINCIPE

1. — INCLINACIONES

EL episodio que acabamos de relatar explica el temperamento de la que dió el ser al gran rector de aquel imperio del que se dijo, con toda verdad, “que el sol jamás se ocultaba en él”.

¿Heredó Carlos algo de la trágica mentalidad que pudo realizar el extraordinario acto que hemos relatado?

Es posible. Pero a veces, una aptitud, una inclinación, por más funesta que sea, dirigida por una voluntad fuerte e inteligente, puede dar resultados útiles a la humanidad.

Un gran filósofo fundó sobre ese concepto toda

una escuela filosófica y social, diciendo: "No hay malas pasiones, sino pasiones mal dirigidas".

Carlos, por lo menos, dió muestra de que si en su temperamento podía haber una chispa del desequilibrio materno, él supo con esa chispa encender una luz de cordura que equilibró casi siempre las acciones de su vida.

2. — LA NIÑEZ

No obstante, su niñez fué alterada por extrañas manifestaciones que daban poco que esperar de su futura acción.

Estamos en Gante, donde él nació el 24 de febrero de 1500.

Ya tiene doce años. Ya sabe qué poder va a tener en sus manos. Ya sus maestros le han enseñado el vasto panorama del mundo en que va a reinar. Pero a él le preocupan otros problemas.

—¡Hay que estudiar mucho! Un príncipe tiene que saberlo todo— le dice su sabio maestro Adriano de Utrecht.

El príncipe está pensativo. Mira por la ventana una escena que se desarrolla en el patio del castillo.

—¡Alteza! —dice severamente Adriano—. Os repito que hay que estudiar.

Adriano es un hombre grave, sabio y recto. Tiene un gran corazón, pero adopta con el Príncipe una postura severa, porque sabe qué inmensa responsabilidad le toca como preceptor.

—¡No quiero estudiar! —grita Carlos volviéndose hacia Adriano—. ¡Quiero salir para montar aquel caballo!

Y señala el patio, donde un caballerizo intenta en vano dominar a un potro alazán que piafa y se encabrita, no domado aún.

Adriano quiere imponer su autoridad de maestro, autoridad que le fué concedida sin límites por el exigente abuelo Maximiliano, y toma al niño de un brazo.

Pero Carlos, al sentir apresado su brazo por una dura mano, como si se hubiera profanado la santidad de su cuerpo, se vuelve hacia el preceptor, e iracundo va a acometerlo, cuando lanza un grito desgarrador y cae al suelo, la boca llena de espuma y un ronco estertor en la garganta. Sus ojos están semicerrados, y se ven sus pupilas vidriosas. Adriano grita pidiendo auxilio. Ya sabe lo que es: la epilepsia. Es la herencia materna.

Corre la servidumbre. Y llegan Margarita, la de Aus-

tria, su tía, y la otra Margarita, la de York, hermana de Eduardo IV, rey de Inglaterra, mujeres ambas de raros talentos y grandes virtudes, elegidas por Maximiliano como supervisoras de la educación del Príncipe.

Pero éste ya reacciona. Más por su voluntad que por los cuidados que le prodigan. Y aparece entonces en toda su evidencia el fondo bueno de su alma. Comprende que él solo, por su arrebató, es culpable de aquel acceso; comprende que Adriano es severo porque le quiere y porque es el custodio de su espíritu. Lo comprende todo y, sin rencor, sonriente, pálido aún por el ataque, le ofrece la mano al preceptor.

—Te he dado un mal rato, maestro.

—Alteza, perdonadme. Yo tengo la culpa.

—No. La culpa es mía. No quería estudiar. ¿Qué quieres? Me enloquezco cuando veo un caballo. ¡Me gusta tanto dominar a un potro! ¡Correr por el campo, saltar, luchar! ¡Esto es para mí la vida!

Y, como afuera aun se oyen los relinchos del caballo indómito, sin asomarse ya a la ventana, corriendo, baja las escaleras en medio de los gritos de pánico de las dos ilustres matronas, llega al patio, y arrancando las bridas de las manos del torpe palafrenero, tira de ellas violentamente, atrae hacia sí el caballo, lo toma con la mano izquierda de las revueltas crines, y de un

salto prodigioso lo monta y lo castiga; y sobre el fiero potro que se encabrita, lanza coces y se revuelve furioso para arrojar lejos al muchacho, éste grita su alegría, empuña con mano dura las riendas, se sostiene firme en el lomo del enfurecido animal que relincha rabioso, y después de la lucha presenciada desde todas las ventanas por cien ojos asustados, Carlos lanza el grito de su triunfo al ver a la bestia dominada por su voluntad y su varonil coraje.

3. — LOS MAESTROS

Así era el temperamento del joven Príncipe. Todo ejercicio violento, toda acción osada, lo entusiasmaban. Quizás esa afición a los juegos de destreza y de fuerza vencieron en él las taras paternas, y así poco a poco su enfermedad fué desapareciendo.

Tenía aversión por la ciencia y por cualquier estudio, pero la previsión de su abuelo, que soñó siempre con asegurar a su prole el más importante imperio mundial, había colocado junto al príncipe no sólo la sabiduría y la constancia de Adriano —el preceptor— y el amor y la cordura vigilantes de las dos grandes damas mencionadas, sino también la autoridad de

Guillermo de Croy, Señor de Chievres, quien contra toda la mala voluntad del príncipe, hizo estudiar a éste seriamente, especializándolo en la ciencia de gobernar, y consiguiendo hacer de aquel hijo de reyes con disposiciones de deportista un mozo grave y meditativo. No obstante esto, nada en él daba indicios de lo que algún día había de ser: el más grande y fuerte gobernante de su siglo.

4—LA JUVENTUD

Pero todos los que le rodeaban y también todos sus súbditos, estaban encantados con la gracia de sus nobles facciones y con la audacia de sus hazañas como jinete, como cazador, como mozo audaz que avanzaba sin temblar ante cualquier peligro.

De los retratos plásticos que nos han dejado los pintores, y de los retratos y los escritos de los que le trataron, podemos componer la figura que nos hace falta, la de su juventud, así:

Carlos era de estatura mediana y de fuerte compleción. Tenía el cabello castaño y los ojos azules. Su rostro pálido y fino, habitualmente era serio y de expresión enérgica, pero repentinamente se transformaba

y se hacía tan jovial y comunicativo, que llevaba la alegría más sana a las almas de los que le rodeaban.

Era sencillo, agradable y bondadoso en el trato, y nunca dejaba de ser cortés y de estar lleno de una gran dignidad. Su mirada certera, adivinaba y comprendía en seguida el alma de quien estaba frente a él. En su espíritu siempre alerta penetraban en seguida las ideas, aun las más difíciles, que él sometía a su juicio reposado, como de buen flamenco, y las aceptaba o las rechazaba con un razonamiento calmo y equilibrado.

Tenía a veces agudezas que demostraban ingenio brillante.

5. — EL EPITAFIO DE UN VALIENTE

Una vez, rodeado de varios cortesanos, visitaba un cementerio.

Grave y meditativo, se detenía a veces frente a un mausoleo, para admirar una estatua o leer alguna inscripción que recordaba, con frases patéticas, al ser cuyos despojos reposaban bajo la fría losa.

Hacía algún breve comentario o movía los labios en una breve preza por las almas idas, o se persignaba respetuoso, lleno de su ferviente fe católica.

Repentinamente, detenido ante un ostentoso mau-

soleo, su rostro adusto y grave se transforma en un gesto que denota que en su espíritu, tan poco dado a la burla, ha entrado ahora un soplo incontenible de regocijo.

—¿Cómo es eso —pregunta al cortesano que más cerca está de él—, que no se me había hablado nunca de este héroe?—. Y diciendo así señala la losa que está ante él.

—Alteza —contesta el interpelado—. No sé a qué héroe os referís.

—A ése, pues. ¿No ves lo que dice esa losa? Lee el epitafio.

Y el solícito cortesano, acercándose al mausoleo, lee en voz alta las palabras grabadas en el mármol, mientras los demás escuchan en silencio, esperando quizás la narración de alguna hazaña homérica.

Y suenan las palabras del epitafio:

—“Aquí yace uno que jamás tuvo miedo”.

Todos se vuelven hacia Carlos, quien con una sonrisa mesurada, contenida quizás por el respeto al lugar, deja caer como respuesta a aquella póstuma fanfarronada, estas palabras:

—Ese valiente, con seguridad, jamás habrá apagado una vela con los dedos.

Y continuó, grave, su camino entre los cipreses. El

grupo de cortesanos se vió en figurillas para no faltar el respeto al príncipe y a la fúnebre morada, estallando en carcajadas.

6. — LA INGENIOSA RESPUESTA

Carlos ya se había hecho todo un mozo, fuerte y bien plantado, a pesar de que a veces sufría algunas indisposiciones, consecuencia de algún exceso en la mesa, pues era muy aficionado a los buenos platos, especialmente a los fuertemente condimentados, cargados de especias, a la usanza flamenca. Hay quien le atribuye una gula sin freno, pero ya es sabido que a los grandes hombres, si se les exagera algunas veces sus virtudes, se les agranda siempre sus defectos.

También le agradaban los buenos vinos, y en especial los generosos y fuertes de Borgoña y de su tierra de Flandes. Aunque los médicos quisieron apartarlo de esta costumbre —de la que, por otra parte, nunca llegó al exceso— por su propensión a la gota que fué la tortura de toda su vida, él jamás atendió sus consejos. A este respecto, hubo una ocasión que demostró, a la par que su afición al buen mosto, la agudeza de su ingenio.

Se sentaba a la mesa de la corte un lucido grupo de

embajadores de España. Gentes de costumbres medidas, ya que provenían de una corte de sobrias costumbres, observaban no sin cierta ironía el pródigo uso que se hacía en aquella comida de vinos que no por excelentes dejaban de ser traidores para quien en tren diplomático debía de conservar la mente despejada y calmo el razonar.

La proverbial ingeniosidad española tenía amplio campo para derramarse en chispeantes comentarios que, aunque expresados en un fino lenguaje cortesano, no dejaban de encerrar su punta de veneno.

Carlos no podía expresarse muy bien en castellano, pues era muy tardo en el aprendizaje de las lenguas, a tal punto de que sólo muy tarde llegó a hablar con cierta corrección el idioma de España, pero en cambio lo entendía perfectamente.

Y escuchaba, haciéndose el distraído, cuanto comentaban aquellos nobles señores ibéricos reteniendo su deseo de contestar las críticas que, aunque en forma indirecta, se dirigían a una de sus más caras aficiones.

Pero llegó un momento en que uno de aquellos caballeros, creyendo quizás que la joven edad del príncipe le daba derecho a aconsejarlo, en forma algo alta-nera se dirigió a éste diciéndole:

—Alteza, cuando seáis rey deberéis preocuparos de remediar las borracheras de vuestros compatriotas.

A lo que Carlos, sin alterarse en lo más mínimo y adornando sus palabras con una bondadosa sonrisa, contestó con toda presteza:

—Pero, señores. Si mis compatriotas dejasen de emborracharse, los vuestros ya no tendrán ocasión de robarlos...

Excusado es decir que los caballeros de España, a fuer de nobles, se sonrieron también, menos ofendidos en su amor propio que regocijados por la ingeniosa respuesta.

7. — AMOR A LAS COSAS BELLAS

En contraste con su inclinación a los ejercicios violentos, Carlos se quedaba extático cuando oía música. Era su placer más intenso, y no se cansaba nunca de escuchar la melodía de los instrumentos manejados por ejecutantes de calidad, y la armonía de un conjunto coral bien concertado. A tal punto amaba la música que no sólo la buscaba como deleite artístico, sino que la comprendía en su más árido tecnicismo. Fué así como una vez, escuchando una misa coral compuesta para la ocasión, mandó buscar al prior y le dijo:

—Decidle al compositor de ese coral que le agradezco el honor de habérmelo dedicado, pero que él debe agradecer al autor a quien le ha copiado el motivo.

En efecto: el fino sentido musical del príncipe había individualizado en la cantata aquella el viejo tema de otra misa ya oída con anterioridad.

Este rasgo de delicada percepción artística de Carlos demuestra que si su cuerpo se regocijaba con los placeres materiales de la buena mesa, solía subir a esferas superiores, a las que sólo pueden llegar las almas de selección.

Completa esta faz de su individualidad su intensa afición por la pintura, en la que solía ser hábil y perspicaz catador. Baste decir a este respecto que fué amigo del gran Ticiano, muchos de cuyos cuadros él adquirió.

Y digamos, por fin, para dar al rápido bosquejo de las preferencias juveniles de Carlos los últimos toques —preferencias, anotemos de paso, que se acentuaron, superándose en sus ulteriores años—, que el amor por las cosas bellas de la vida lo llevaba a rodearse siempre de pájaros y de flores, poniendo así en sus días mozos los adornos más seductores con que se engalana la naturaleza.

III

CARLOS, REY

1. — ESPAÑA Y EL NUEVO MUNDO. — LOS RIVALES

Y fué así, dotado con todas esas condiciones que acabamos de describir someramente, como lo encontró la fortuna cuando ésta le señaló Rey, en el año 1516.

Fué, entonces, Carlos I, rey de España y de sus dominios. Y lo fué porque la demencia de su madre Juana impedía a ésta ejercer la soberanía.

Tenía a la sazón Carlos dieciséis años. Todavía estaba en la plenitud de su arrogancia juvenil, pero su figura parecía que se había agrandado con la majestad. Su rostro se hizo más grave y el ligero avance de su mandíbula inferior, que le perfilaba los rasgos con un gesto de dura voluntad, pareció acentuarse. Su voz, otrora suave y reposada, se hizo más sonora, revistién-

dose con un acento de irrefutable autoridad. La mirada de sus ojos azules ya pasaba más allá de las almas de los hombres para dilatarse en los lejanos horizontes de las naciones, a las que quería comprender, quizás para dominarlas mejor.

Aquel audaz mozo que tenía aversión por los estudios de gobierno, que no dejaba ver ninguna capacidad para el dominio de un pueblo, reveló repentinamente, recién salido de su adolescencia, toda la poderosa grandeza del hombre que iba a escribir en la historia de su siglo las páginas más extensas y más nutridas de acontecimientos trascendentales.

Y tenía que enfrentarse con una época donde sus iguales, los otros monarcas, eran personalidades cuyo relevante conjunto quizás no tuvo semejante en ninguna otra edad del mundo.

Y eran casi todos reyes jóvenes, por lo menos los más cercanos a él y los más peligrosos rivales.

Francisco I, rey de Francia, tenía veintidós años y Enrique VIII de Inglaterra, veinticinco.

Los demás monarcas, los más poderosos, eran hombres de excepcionales condiciones para el gobierno.

Todos ellos, como es natural, fijaron su vista en aquel joven, hijo de una reina loca, que salía de una oscura ciudad de Flandes para ir a ocupar el trono



*Desembarcó en la costa de Asturias en el mes de
septiembre de 1517.*

de un luminoso país de la más noble tradición, cuyos guerreros —a quienes nadie igualaba en valor— se lanzaban a las más inverosímiles aventuras en un nuevo mundo de misterio y de fábula, para alargar la tierra de sus mayores, extendiéndola por el camino del sol.

2. — HOSTILIDAD DE ESPAÑA. — EL GRAN CISNEROS

Así llegó Carlos a España, seguido por las miradas curiosas de las naciones.

Pero España le esperaba hostil.

Desembarcó en la costa de Asturias en el mes de septiembre de 1517. Se encontraba delicado de salud y, como si fuesen pocas sus preocupaciones, se le notificó que el país estaba perturbado por una rebelión.

No sabía el rey, como ya dijimos, una palabra de castellano, y vió acercarse a él a los grandes que venían a darle la bienvenida.

Pero no contaban éstos con los hombres que rodeaban a Carlos, todos ellos flamencos adustos, desconocedores del idioma de aquel país, duros en su trato y desconfiados.

Estos hombres rodearon al joven rey y no dejaron acercarse a él a un solo español.

Este grosero trato provocó —es de imaginarse— la más grande indignación en los altivos castellanos; pero lo que más protestas produjo fué un hecho que reveló en la corte flamenca de Carlos, el recelo fiero con que temían el contacto de nuevas gentes y, sobre todo, la injusticia con que trataron a un hombre que había hecho por España y por su rey, todo lo que un gobernante celoso de sus deberes puede hacer para dar cumplimiento honrado a ellos.

Ese hombre era el cardenal Cisneros, anciano de ochenta años, pero lleno de energía, que gobernó a España con todo patriotismo en la ausencia del rey.

Cisneros había venido para saludar a su soberano, ansioso de ponerse a sus órdenes y de indicar al rey la manera de llevar la paz a aquellas turbulentas tierras de Aragón.

El anciano venerable, lleno de dignidad, con la conciencia tranquila por los hechos realizados durante su gobierno, arriesgando su salud y desafiando los peligros de un prolongado viaje, dirigióse a Aragón para encontrarse con el Rey.

Pero los flamencos usaron toda clase de estratagemas para evitar el encuentro que temían, porque se daban cuenta de que si el Rey se enfrentaba con el gran an-

ciano, quedaría seducido por el talento de éste y por su incuestionable superioridad.

Ellos conocían a Carlos.

Por eso, se las arreglaron de tal manera, que Cisneros, en lugar de encontrarse con su Rey, se encontró con un mensaje en que aquél le agradecía sus servicios, recibiendo orden de retirarse a su diócesis para cuidar su salud.

Fué tal la impresión que recibió el noble Cardenal por este acto de ingratitud, que no pudo sobrevivir a él, muriendo el 8 de noviembre.

3.— LA ALTIVEZ IBÉRICA

España quedó así en manos de los extranjeros que rodeaban a Carlos, los cuales se repartieron entre sí prebendas y honores de toda clase. Los derechos que al pueblo le había concedido Cisneros fueron suprimidos.

Carlos, entretanto, encaminaba toda su política a la consecución del poder absoluto, terminando por desposeer también a los nobles de todas las libertades.

Así empezó una lucha con la nación, que se prolongó mucho tiempo, y en la cual la indoblegable altivez de la valiente raza hispana trató de imponerse al Rey

con toda dignidad y sin temor alguno. Así le recordaron al gobernante, en tono altanero, sus obligaciones como Rey. Y en las Cortes reunidas en Valladolid, en 1517, se levantaron los representantes de los municipios, uno de los cuales, afrontando todas las iras, se puso de pie para lanzar al rostro del monarca esta frase:

—¡Tú eres nuestro asalariado!

Y era exacta la frase. Carlos no se cansaba de solicitar dinero en subsidios.

Los subsidios se le otorgaban, pero a cambio de concesiones.

—¿Tú quieres nuestro dinero? —decían en sustancia las discusiones del pueblo con el Rey—. Lo tendrás; pero primero has de jurar cumplir con esta lista de obligaciones.

Y una de esas listas, entre las múltiples condiciones, contenía las siguientes:

Juramento de respetar las libertades antes de recibir el juramento de fidelidad.

Promesa de aprender el idioma español.

Prohibir la exportación escandalosa de oro y plata que realizaban los “extranjeros”.

No conceder más cargos a éstos.

Carlos se sometió a la mayor parte de estas demandas y así fué reconocido como soberano

Pero... en esta condición había un pero importante que hería grandemente su amor propio.

En efecto: fué reconocido como soberano, pero en unión de su madre.

Sus esperanzas eran las de reinar solo. Pero necesitaba dinero, mucho dinero para realizar sus ambiciones, y se sometió.

Cauteloso y frío no protestó, pero exigió más y más dinero a aquel pueblo a quien él, sin embargo, estaba tratando con tanta dureza.

Es que sus ansias de dominio se extendían mucho más allá de las fronteras de España, y dispuesto a cumplir los proyectos que incubaba en su espíritu, ya ni se cuidaba del respeto que debía a las libertades de aquel pueblo que poco después había de manifestar su altivez y su odio al despotismo, sublevándose y realizando aquella magnífica gesta democrática de los Comuneros de Castilla, tan magníficamente inspirada y tan tristemente vencida, y en la cual Carlos se excedió en crueldad, perdiendo una excelente ocasión de ser magnánimo.

Quizás el recuerdo de esta derrota del orgullo popular, fué la que impidió que el pueblo español le-

vantara la cabeza contra sus reyes durante los tres siglos que siguieron a los acontecimientos relatados, o sea hasta principios del siglo XIX.

4.—EL SACRO ROMANO IMPERIO

El sueño de Carlos, entretanto, iba tomando forma en Europa bajo el nombre de Sacro Romano Imperio.

Este Imperio Sagrado de Roma que se inició con la figura del gran Carlomagno, resucitaba ahora por obra y gracia de la muerte del Emperador Maximiliano I.

¿Qué era el Sacro Romano Imperio?

Se consideraba al Sacro Romano Imperio como la representación más alta, en la tierra, de la autoridad de origen divino.

El Emperador compartía con el Papa el dominio del imperio, aunque las autoridades de ambos estaban delimitadas.

La del emperador se ejercía en lo temporal, o sea en el reinado directo de las naciones sometidas a su soberanía.

La del Papa, en lo espiritual, o sea en el reinado de las almas, incluso la del Emperador, ya que el Sumo Pontífice —representante de la Divinidad en la tie-

rra— estaba por encima de todos los hombres y de todas las cosas materiales.

Papa y Emperador reunidos, formaban, pues, una potencia extraordinaria, superior a todas las demás de la tierra, ya que reinaban en las dos esferas: la del espíritu y la de la carne.

Pero había tres aspirantes al magno imperio, tres jóvenes llenos de ambición y rivales en poder y en dotes de inteligencia.

Esos aspirantes eran: Carlos I, rey de España y Nápoles, gobernador de los Países Bajos y de la parte española del Nuevo Mundo; Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra.

Ya conocemos bastante íntimamente la personalidad de Carlos. Veamos la de sus rivales.

5.—FRANCISCO DE VALOIS

Francisco I, de la familia de los Valois, es el “rey artista, el rey galante”, protector de las artes y las letras. Culto, amable, generoso, vive en una corte fastuosa, rodeado de todo el lujo y toda la pompa. Su sonrisa es encantadora y con su manera de ser y de gobernar seduce a la corte y a su pueblo.

Es el guerrero audaz que realizó una de las más inverosímiles hazañas.

Recién era rey y tenía que combatir contra Italia. Para llegar a ésta no había más que dos caminos de montaña, imposibles de pasar porque estaban defendidos por los ejércitos poderosos de los más temibles soldados de aquel tiempo.

¿Qué hacer ante tales obstáculos?

Había que vencer de cualquier manera. La audacia del joven monarca no tiene límites y concibe una idea que todos califican de absurda.

—Haré un agujero en los Alpes y llegaré a Italia por él.

Y llama a un gran ingeniero español, y con ayuda de éste, en cinco días justos, haciendo saltar rocas, atravesando precipicios con puentes improvisados, subiendo picos a donde nadie había ascendido, llevó su ejército hasta la asombrada Italia y presentó batalla a 20.000 suizos en Marignano, derrotándolos completamente.

Fué la llamada “batalla de los gigantes” y allí Francisco fué armado caballero, por el también caballero sin par, Bayardo, el guerrero “sin miedo y sin tacha”.

6. — ENRIQUE TUDOR

He aquí ahora el retrato del tercer aspirante a la más grande monarquía del mundo: Enrique VIII, de la familia de los Tudor.

Enrique subió, a los dieciocho años, a un trono que había usurpado su padre. Era un mozo alto, fuerte, de cabello rubio y cara alegre, amigo de los deportes, expansivo con todos, de carácter bonachón y ampliamente generoso. El joven prometía y todos estaban encantados con él. Se las daba de valiente, pero el caso es que jamás se le vió exponerse a un peligro lo cual, en su fuero íntimo, hacía que él envidiara a Carlos y a Francisco, valientes de verdad, como siempre lo demostraron cuando llegó el caso de exponer la vida.

Enrique era un hombre muy culto y tenía una aguda inteligencia tanto para las ciencias y las artes como para los negocios de Estado.

Este mozo que tanto prometía, fué, sin embargo, un monarca cruel y sanguinario, que liquidaba casi siempre sus rencores pidiendo ayuda al verdugo.

Se volvió vanidoso hasta la exageración, haciendo de su persona un culto que, por otra parte, fomentaba con

adulaciones un grupo de perversos y aprovechados consejeros.

Pero lo que más produce repulsión en la figura histórica de este soberano es su vida conyugal.

Vida múltiple y varia por cierto, porque sus groseros instintos le llevaban en este sentido a extremos indignos hasta del ser más bajo y vicioso.

Se casó con seis mujeres: Catalina de Aragón, Ana Bolena, Juana Seymour, Ana de Cleves, Catalina Howard y Catalina Parr.

Cuando le molestaba una esposa, no tenía escrúpulo ninguno en buscar un pretexto para separarse de ella, a fin de casarse en seguida con otra.

Así fué como hizo morir bajo el hacha del verdugo a Ana Bolena y a Catalina Howard, segunda y quinta mujer, respectivamente.

7.—LA ELECCIÓN

Hemos presentado rápidamente a los dos competidores de Carlos como aspirantes al Sacro Romano Imperio. Fácil parece, en la visión que de los tres ya conocemos, poder escoger de uno de los tres, el más

digno y el más capaz o, por lo menos, de los tres eliminar el peor.

Pero no se trataba entonces de que el presunto emperador del reino más grande del mundo fuera el más simpático, el más talentoso, el más valiente, o, lo que para el caso hubiera sido lo más interesante, el más capaz de gobernar un estado tan vasto, tan complejo, compuesto por tan distintos pueblos como era el que iba a ser dominado por el cetro del vencedor en aquel formidable torneo.

Torneo, o subasta, en realidad, venía a ser aquel juego de emperadores, porque es necesario explicar que desde el siglo XIV, la corona imperial no respondía al principio hereditario sino que éste se combinaba con el electivo ya que el derecho a aquélla lo atribuía un Consejo compuesto de siete grandes electores. El candidato favorecido era coronado, entonces, en Aix la Chapelle, la ciudad de Carlomagno, y sólo después de que el Papa ratificara de nuevo esta coronación el electo sería llamado Sacro Emperador Romano.

Y le hemos llamado subasta a esta elección, porque la Historia nos cuenta lo que pasó en el caso: los electores, sobornados por los candidatos, empezaron a jugar a la puja.

Los electores eran tres arzobispos, el Rey de Bohemia, un duque, un conde y un margrave.

A excepción de uno de los electores que era hombre de una gran integridad, los demás probablemente se dijeron:

—El que pague mejor será mi candidato.

Si no precisamente con esa vulgar reflexión, la cosa se la dijeron en forma parecida, porque en los hechos procedieron muy de acuerdo con la filosofía practicista que se desprende de semejantes palabras.

En efecto: descaradamente empezaron los electores a recibir ofrecimientos en dinero y en otras ventajas, de parte de los tres reales candidatos. La puja era cada vez más enardecida y los electores cada vez más exigentes.

Todos éstos, menos uno: el gran duque de Sajonia, que gritó indignado:

—¡Mi conciencia no se vende! Votaré por aquel que me indique mi conciencia.

¿Pero qué valía un voto entre siete? La mayoría decidió la puja.

Y sin embargo, no se decidieron por el que más ofrecía, el más rico de los tres, naturalmente: Francisco de Francia, que juraba gastar hasta tres millones en oro, suma fabulosa en aquel tiempo.

Ni se decidieron por Enrique de Inglaterra, cuyo director en la puja, el cardenal Wolsey, ambicioso del Papado, por intermedio de un mensajero ofrecía suma tras suma.

Se decidieron por Carlos, porque en medio de aquella escandalosa subasta que presenciaba Europa —porque la cosa se hacía con el mayor cinismo— sonó una noticia que fué como una voz anunciando a aquel conclave de codiciosos:

—¡Cuidado! O se nombra a Carlos o intervenimos nosotros.

Era la voz de la poderosa Liga Suaba, con su ejército al mando del duque de Baviera, que se confundía con el ruido de la espada de Franz Von Sickingen, que pagado por Carlos I se trasladó con su gente de armas a un lugar cercano a Francfort, donde se reunía la Dieta, para imponer, con su sola presencia, su voluntad.

Y la Dieta entregó la corona a Carlos I, Rey de España, que desde ese momento fué Carlos V, Emperador del Sacro Romano Imperio.

IV

CARLOS, EMPERADOR

1. — UN GRAN IMPERIO Y UN EMPERADOR POBRE

HE aquí, pues, a Carlos soberano de un inmenso imperio. Pero el monarca no cuenta con grandes medios monetarios para su peculio particular. España no le da más que pequeñas subvenciones, y el poco dinero que él tenía lo gastó en esa elección.

Pero lo peor del caso es que gastó también el que no tenía, como era su costumbre. Ese dinero que no tenía le fué proporcionado en préstamo por el gran banquero Függer, jefe de la más poderosa casa de banca del mundo, y que siempre fué el que sacó de apuros monetarios a la familia de Habsburgo.

Carlos quedó debiendo a Függer una suma formidable, por la que había firmado al gran banquero un pagaré que nunca se hacía efectivo.

Függer jamás reclamaba al Emperador su dinero. Con un tacto exquisito, cada vez que Carlos quería referirse a la deuda, el opulento financista variaba de conversación y le preguntaba a Carlos por su salud.

2.— UN GESTO COMO HAY POCOS

Un buen día, Carlos recibió de Függer una invitación para concurrir a su palacio, donde se había preparado un fastuoso banquete en honor del monarca.

El palacio de Függer era un sueño hecho realidad. Allí se encontraban reunidas, en salas maravillosamente decoradas por los más eximios artistas, obras de arte de valor fabuloso.

Carlos presidió en aquel palacio una mesa en la que se ofrecieron los más fantásticos platos.

Al final del banquete, un criado trajo para el monarca —que era muy aficionado a los perfumes— un pebetero lleno de palos de canela, para ser encendidos a fin de que desprendieran su rico aroma junto al Rey. Carlos miraba complacido aquella nueva atención que con él se tenía, cuando vió llegar a otro criado trayendo una bandeja de plata sobre la cual no había otra cosa que un pergamino arrollado.

A una señal de Függer, otro criado acercó un velón. Entonces aquél, tomando el pergamino, lo desenrolló, lo arrugó a lo largo para hacer una mecha, lo acercó a una de las velas y, una vez que el pergamino produjo llama, lo ofreció al Emperador diciéndole:

—Sire, hacedme la gracia de encender vos el fuego de canela.

Carlos creyó adivinar. Pero llegó a la evidencia cuando, en el pergamino que se quemaba, alcanzó a ver su firma real:

Era el famoso pagaré.

La sonrisa de Carlos, aquella noche, pagó con creces a Függer su delicada atención.

3. — LA MIRADA DEL ÁGUILA

En el año 1520, ya Emperador Carlos de Habsburgo, tenía bajo su dominio a Alemania, Austria, los Países Bajos, España, Nápoles, Sicilia y la inmensa parte del Nuevo Mundo donde los conquistadores iban extendiendo día a día el mapa del Imperio.

Aquel soberano de veinte años de edad, llevando en su cabeza la más alta corona de la tierra, fué en

seguida el punto de mira de todos los monarcas de Europa, de Asia y de Africa.

Carlos, a su vez, sin demostrar curiosidad, fingiéndose el indiferente, observaba con su aguda perspicacia a todos aquellos poderosos jefes de Estado, para adivinar quién sería su amigo y quién su enemigo, a pesar de que no ignoraba que no había uno solo que no le tuviese envidia.

Pero ya sabía él cual era el que más le envidiaba y que sería, en consecuencia, su rival más temible.

Volvía la mirada en derredor de Europa y se encontraba:

En Francia, con Francisco I, joven, inteligente, poderoso, valiente, jefe de un Estado próspero.

En Inglaterra, con Enrique VIII, también inteligente, monarca de una nación unida y fuerte en su aislamiento, pero deseosa de tentar aventuras en el continente.

En Roma, con el Papa León X, notable hombre de Iglesia y de Estado, que no había mirado con simpatía su ascensión al trono imperial.

Baber en la India y Solimán el Magnífico en Turquía, jefes de grandes naciones, tenían una vasta capacidad como gobernantes y eran terribles guerreros.

Él sabía que todos temían el ver reunido en sus manos tanto poder.

Pero sabía que aquel que más le envidiaba, sería el que rompería las hostilidades: Francisco.

Francisco I, lleno de rencor por haber sido vencido en la "subasta" de Francfort, donde siempre creyó triunfar con sus ofertas, supuso que Carlos era un títere manejado por sus ministros.

Pero se equivocó en sus cálculos. Carlos, desde que sintió en sus manos el cetro que le daba un tan poderoso dominio sobre el mundo, vió ensancharse infinitamente todas las potencias de su espíritu y, consciente de su fuerza y de sus dotes para gobernar, sintió entonces todo el bien que le habían hecho las sabias enseñanzas de su buen maestro Adriano, cuando le instruía en los áridos principios de la ciencia política en el viejo palacio de Gante.

¡Cuántas veces, en los incontables momentos de hondas crisis de las naciones que estaban bajo su corona, se habrá acordado el poderoso monarca del severo y grave preceptor de su infancia! ¡Y cuántas otras veces habrá bendecido su recuerdo, al solucionar felizmente uno de los problemas que se le presentaron!

4. — ¿AMBICION?

Muchos historiadores atribuyen a Carlos Quinto una desmedida ambición, y algunos de ellos lo hacen en forma despectiva.

Desde luego, es de una inconcebible inocencia el culpar de ambicioso a un ser humano colocado frente a vastos destinos y a enormes responsabilidades.

Un hombre sin ambición no puede realizar ninguna obra, y mucho menos si ésta es una obra compleja y de trascendental importancia.

Carlos era ambicioso en este sentido. En el otro, o sea en el de ansiar la conquista por el mero afán de sentirse grande, dominador absoluto de los hombres, quizás no lo era, y aclaran esta duda dos o tres hechos de su vida que hablan elocuentemente de su moderada ansia de conquista.

Una vez el Embajador de Venecia le preguntó si él tenía tanto interés como Francisco I en ser dueño del Milanesado, que era una posesión que ambicionó toda su vida el Rey de Francia.

—No —contestó Carlos—. No quiero ni una pulgada de tierra italiana, excepto la que sea mía. Quiero demostrar al mundo entero que no tengo el ansia de dominio que algunos me atribuyen.

Ese mismo sentido de no querer conquistar, por el mero hecho de adueñarse de tierras, lo demostró más adelante cuando después de tener en sus manos a Francisco I derrotado, pudiendo tener entonces al mundo entero en sus manos, contra todos los consejos que le daban sus allegados, no quiso más de lo que lealmente le correspondía.

5. — EN WORMS, CARLOS DA AL MUNDO EL PROGRAMA DEL IMPERIO

Francisco I no tardó en provocar a Carlos a una guerra.

Carlos no sabía cómo terminar con los graves disturbios de España, cuando llegó a su conocimiento que su vecino le preparaba un conflicto.

Él sabía ya que el rey de Francia no le perdonaba el haberlo vencido en la elección de emperador. Por eso, previsor, intentó una alianza con Enrique VIII, pero no llegó a nada concreto.

Sabe que el conflicto no ha de tardar en estallar; sabe que tiene ante sí a un enemigo fuerte, inteligente, querido por su pueblo, orgulloso de su inolvidable ha-

zaña de Marignano que le ha dado tanta fama de audaz guerrero.

Pero está dispuesto. Siente sobre él la mirada del mundo y siente dentro de él un corazón bien templado.

Se prepara con gran solemnidad la primera Dieta Imperial en Worms, en la cual todos estarán pendientes de sus palabras. Estas han de recorrer el mundo como mensajes de paz o proclamas de guerra.

Él ha de pronunciar las que se desprendan de la inmensa fuerza de su poder. Se siente lleno de la majestad inigualada de su imperio, y su labio no ha de temblar.

Llega el día esperado. Worms, la pequeña ciudad, está toda embanderada. Sus calles están llenas de gentes ansiosas de contemplar la grandeza del acto y de asombrarse ante la figura del monarca cuyo nombre es el primero en el mundo y cuyas hazañas, agrandadas por la leyenda, llenan de asombro a los pueblos.

Vehículos de todas clases recorren las calles. Soldados y menestrales se confunden en abigarrada multitud.

Llega el Emperador entre el sonido de fanfarrias. Se estremecen los corazones mientras flamean los gallardetes, los oriflamas, los estandartes, las banderas.

Los grandes del imperio están en la gran Sala donde se realizará la Dieta. Allí entra Carlos y ocupa el sitio de honor.

Y entonces pronuncia aquellas palabras que él sabe no harán temblar su labio ni estremecer su corazón.

Son el programa del Imperio Sacro:

Y las pronuncia lenta y solemnemente.

—Ninguna monarquía es comparable al Sacro Romano Imperio, a la que Cristo en persona rindió honor y obediencia. Ahora, por desgracia, no es sombra de lo que fué, pero con la ayuda de esos países y alianzas que Dios me ha concedido espero volverla a su antiguo esplendor.

6.— LA PRIMERA GUERRA

Esas palabras definitivas fueron tomadas por Francisco como un reto. Oyó éste la voz de Carlomagno redivivo, que venía de nuevo a conquistar al mundo.

Y estalló la guerra. La primera de una larga sucesión de guerras entre Francisco y Carlos. La cadena de conflictos bélicos que abarcan casi treinta años, y que se pueden dividir en cinco grandes etapas, en cada una de las cuales un tremendo incendio de odios estalla y trae como consecuencia luchas encarnizadas.

Carlos Quinto no ha rehuído el reto. Francisco invade a España y ataca al Imperio en Italia. Carlos, a quien se le presenta ahora el gran conflicto religioso iniciado por Lutero —de lo que más adelante hablaremos— no permanece inactivo y afronta la lucha. Francisco obtiene triunfos en Méziers y las Ardenas, pero en Italia las tropas de Carlos vencen a los franceses en Parma y Piacenza.

7.—LOS MERCENARIOS

Pero la verdad sea dicha, la derrota de Francisco se debe más que nada a la traición de sus soldados suizos, soldados éstos, como dijimos ya, que peleaban al mando de quien mejor los pagaba.

A este propósito conviene decir que los soldados de Carlos son también mercenarios españoles y alemanes, pero son considerados superiores a los suizos, y eso que Carlos, las más de las veces no los paga por falta de dinero.

Merecen esta mención los mercenarios de este período de la historia, no sólo porque ellos fueron los elementos de combate de casi todas las guerras del siglo, sino porque además constituyen una mina inago-

table de episodios cómicos, trágicos, pintorescos y heroicos, que darían motivo a toda una voluminosa historia.

Los mercenarios constituían un conglomerado de gentes de la más baja ralea. Todos los holgazanes, los pendencieros, los rufianes, todos los bandidos profesionales, forman esas pandillas armadas que organizan en ejército los príncipes y los reyes.

En el combate son terribles. Se juegan la vida una y mil veces y se atreven a todo. Sus hazañas son inverosímiles. Pelean riendo y haciendo chistes. Mueren insultándose y a veces se arrastran, llenos de heridas, por leguas, para tomar la última borrachera antes de morir.

Cuando no pelean se dedican al robo, a la juerga, a hacer daño por el solo gusto de hacerlo. Buscan pendencias con todo el mundo. Penetran en las tabernas y desfondan los barriles, hacen correr el vino por el suelo y allí se echan de bruces para beberlo y quedarse luego dormidos. Saquean las despensas, blasfeman en las iglesias, y aunque los oficiales les castigan sin piedad y en cada pueblo se erige un patíbulo para castigar alguno de sus crímenes, no se corrigen. Al contrario.

Y ¡guay cuando no se les paga!

Una vez Carlos, como de costumbre, no pudo pagar en varios meses a sus soldados. Estos se levantaron en tumulto pidiendo a gritos la paga. Carlos les envía un mensajero para ver qué desean y ellos gritan:

—¡Dinero o sangre!

Y al mismo tiempo levantaban sus arcabuces cargados, con las cerillas encendidas junto al ojo de la pólvora. Carlos les pidió veinticuatro horas de plazo para la paga y los despide a todos.

Pero ellos se excitan más con esto. Salen de la ciudad profiriendo amenazas y gritando:

—¡Carlos de Gante, así te parta un rayo!

Al otro día, en el cadalso, frente al Ayuntamiento, fueron ejecutados los incitadores del tumulto.

Los otros, la mayoría de ellos borrachos, estaban alrededor del cadalso y mientras morían los cabecillas, les hacían chistes entre carcajadas y aplaudían en cada caso gritando al ajusticiado:

—¡Lo tienes bien merecido, truhán!

8. — LOS COMUNEROS

Ya hemos hecho referencia a la rebelión de los Comuneros de Castilla. Diremos ahora algo al respecto

de ese importante suceso en la historia de España, ya que, gracias a él, este país escribió en los anales de la democracia en el mundo una de las más bellas y conmovedoras páginas.

Ya dijimos también cómo el pueblo español era parco en votar subsidios al Rey, y cómo, cada vez que los daba, antes exigía del Soberano condiciones tendientes, casi todas ellas, a asegurar las libertades populares, restando a la Corona y a la nobleza muchas de sus despóticas prerrogativas.

La continua exigencia de subsidios de parte del monarca ya se hacía tan pesada que las ciudades se levantaron airadas. Un puñado de diputados que formaron una mayoría eventual, votó una gran suma para subsidios reales, y ésta fué la señal de una serie de motines y revueltas. Un buen número de ciudades formaron entonces una Liga que tomó el nombre de "Santa Comunidad" y a cuyo frente se puso Juan de Padilla, noble toledano que gozaba de grandes simpatías.

La Santa Comunidad fué inspirada con un tan amplio sentido democrático, con una tal altura de miras dirigidas al bien público, que aún hoy sus ideales serían avanzados.

La autoridad de la Junta fué tomando asombroso incremento, sobre todo cuando se posesionó de Tor-

desillas, donde se hallaba reclusa Juana la Loca, a quien los comuneros proclamaron sana de mente, y por ende, reina verdadera de España.

Los comuneros afirmaron entonces, que Juana aprobaba todas las medidas tomadas por ellos.

Y con todo esto, en aquel momento parecieron dominar la situación.

Pero Juana no aprobaba nada. Miraba todo con sus ojos extraviados y si a veces decía que sí, otras veces decía que no.

Pero no firmaba ningún documento de los que le presentaban.

Empezó entonces la desmoralización. Los comuneros cambiaron de táctica y decidieron pedir a Carlos, que se hallaba en Flandes, que aprobara y confirmara sus actos democráticos.

Pero los mensajeros enviados no llegaron, pues no se atrevieron a afrontar al Emperador. Se estaba produciendo el caos. Empezaron las luchas intestinas entre los rebeldes.

Y por fin, después de muchas vicisitudes, en la batalla de Villalar fué aniquilado el ejército comunero al mando de Padilla, quien aunque intentó encontrar la muerte, peleando heroicamente, fué hecho prisionero.

9. — CÓMO MUEREN LOS HÉROES

Al día siguiente, este denodado campeón de los fuegos populares, precursor de los grandes y generosos postulados del siglo de la democracia, fué sacrificado en el patíbulo junto con sus valientes capitanes Bravo, Segovia y Maldonado.

Marchaban aquellos héroes hacia el cadalso donde debían ser degollados.

Iban montados en mulas, las manos atadas a la espalda, asistidos por sacerdotes, desfilando ante aquel pueblo por el que habían luchado y que ahora venía a presenciar su muerte.

Se había hecho un silencio impresionante en la multitud, oyéndose sólo el ruido de los cascos de las cabalgaduras y el murmullo de las preces de los sacerdotes.

De repente, se alzó la voz del pregonero real, que proclamó:

—¡Los reos serán ejecutados por traidores!

Juan Bravo no pudo permanecer silencioso ante la acusación mentirosa que se les lanzaba al rostro frente al pueblo, e irguiéndose altanero, gritó a la multitud con todas sus fuerzas:

—¡Mentira! ¡Por traidores no! ¡Por celosos del bien público y de la libertad del reino!

Un estremecimiento pasó por todos aquellos hombres que contemplaban el acto, y un instante de silencio siguió.

Sólo un instante, porque Juan de Padilla, con voz grave y serena, pero que alcanzó a llegar a todos los ámbitos de la plaza, tal era la emoción del momento, le dijo a Bravo estas palabras magníficas:

—Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros; hoy lo es de morir como cristianos.

Aquel día fué de gloria para los anales de las libertades humanas.

Y a medida que pasa el tiempo, esa gloria se hace tanto más inmaculada cuanto más grave es la sombra que ella proyecta sobre la figura de Carlos.

V

LAS GUERRAS

1.—FRANCISCO CONTRA CARLOS

EL episodio que acabamos de narrar no podía faltar en estas páginas, no sólo por la grandeza de su significado, sino porque él sirve para demostrar la falta de magnanimidad que en aquella ocasión demostró Carlos Quinto.

El retrato de una gran figura histórica debe ser contemplado desde todos sus aspectos, así se podrá llegar con toda clase de elementos de juicio a su conocimiento más íntimo.

Pero ese episodio nos desvió del tema que en la historia del imperio de Carlos abarca los principales hechos: Las guerras y en especial, las guerras con Francisco.

Ya nos referimos al primer conflicto provocado por el de Francia y que tuvo para éste tan triste epílogo en los campos de batalla de Italia.

Relatar todas las guerras entre estos dos paladines sería relatar minuciosamente casi treinta años de historia europea en el siglo XVI.

Porque, en efecto, los cronistas más autorizados dividen los conflictos armados a que nos referimos en cinco grandes períodos, o sea cinco grandes guerras.

Fué una lucha casi ininterrumpida de rivalidad entre dos eminentes monarcas dotados de las más extraordinarias condiciones para gobernar y que si en vez de destrozarse mutuamente, agotando sus recursos humanos y económicos, se hubieran unido para el engrandecimiento de Europa, ésta habría avanzado de tal manera en cultura y en riqueza, que quizás estaría el mundo, actualmente, gozando de una paz estable y en uno de los períodos más brillantes de su historia.

2. — CARLOS DE BORBÓN. — EL CABALLERO BAYARDO

En uno de estos reñidos conflictos, Carlos, a quien —necesario es decirlo —ayudó mucho la fortuna, tuvo

la suerte de contar con un aliado de primer orden para mantener a raya a Francisco.

Este aliado era nada menos que Carlos, Gran Duque de Borbón, quien lleno de rencores con su compatriota y soberano Francisco, que le confiscó sus tierras, ofreció sus servicios al Emperador. Este lo hizo Jefe del ejército de Italia, y Carlos de Borbón, con su aguerrido ejército, en el verano de 1524 expulsó por completo a los franceses de Lombardía, la joya más preciada para Francisco.

En esta ocasión, más que la tremenda derrota, sintió el Valois —y con él Francia entera—, la pérdida de uno de los más grandes paladines que han figurado en todas las guerras del mundo, y que para aquel país era la representación más alta de la dignidad, de la nobleza, del valor y de la caballería en todos los tiempos.

Basta haber escrito las palabras que fueron estampadas, para saber que nos referimos al “caballero sin miedo y sin tacha”, a Pedro Terrail, señor de Bayardo.

La muerte de este extraordinario paladín ha sido relatada centenares de veces, y muchas de ellas por los más eminentes escritores.

Aunque en forma sencilla, no está de más relatarla,

porque la elocuencia de ese ejemplo de grandeza surge de los hechos más que de las palabras.

Cuando las fuerzas de Carlos de Borbón, en las circunstancias a que nos referimos más arriba, perseguían en Abbiategrosso a los soldados de Francisco que huían bajo el alud de los vencedores, una fuerza de retaguardia mantenía con un heroísmo homérico la retirada de aquéllos. La resistencia de aquel puñado de hombres era maravillosa, pero no podía durar ante la avalancha de la soldadesca enemiga que, ebria de triunfo, se precipitaba a la persecución.

El reducido núcleo de valientes, para cubrir mejor la huída de los suyos, se había detenido en la entrada del puente de Garigliano, pero poco a poco fué cayendo, diezmado.

Al final sólo quedó uno de pie, el Jefe, que más que un hombre era en aquel momento un titán que combatía con una furia tan heroica que llenaba de admiración a los propios enemigos. Aquel soldado luchaba sin preocuparse de las múltiples heridas que recibía, hasta que un certero arcabuzazo lo derribó.

Lo reconoció en seguida el enemigo. Era el Gran Bayardo.

Carlos de Borbón, su compatriota, pero ahora su adversario, corrió a él desesperado y arrodillándose junto

al moribundo, llorando, le ofreció traerle los mejores cirujanos del imperio para intentar la curación de las graves heridas que le estaban desangrando rápidamente.

Bayardo le rechazó con el gesto y sacando de su destrozado pecho un último aliento, alcanzó a contestarle:

—Monseñor, no hay causa para que me compadezcan, pues muero cumpliendo mi deber, pero siento por vos gran compasión porque estáis sirviendo contra vuestra patria, vuestro Rey y vuestra palabra de caballero.

No dijo más. Y dobló la cabeza para morir, mientras Borbón se retiraba en silencio.

3.—LA BATALLA DE PAVÍA

El mismo día en que Carlos Quinto cumplía veinticinco años, tuvo lugar uno de los acontecimientos bélicos de más trascendencia en la historia de aquel siglo.

La batalla de Pavía, que se efectuó en ese día, colocó en la corona del Imperio la gema más brillante.

Borbón llega a Italia con su ejército fatigado por una retirada a que lo han obligado los franceses con el pro-

pio Francisco a la cabeza de las tropas, que marchan siempre en su persecución.

Con sus soldados exhaustos, llega a Lodi, cerca de Milán, donde le espera Lannoy, el general de Carlos. En esas condiciones no puede presentar batalla y sus gentes van a reforzar la guarnición de Pavía que está bajo el mando del gran español Antonio de Leiva.

A poca distancia está Milán, donde la peste está diezmando a la población.

Borbón corre entretanto a Alemania, trayendo consigo a una considerable fuerza de mercenarios, compuesta casi toda de lansquenetes.

Ahora sí puede presentarle batalla a Francisco, que está cercando a Pavía.

Francisco está contento. Vive en una fastuosa tienda, rodeado de los caballeros más nobles de Francia, como él magníficamente vestidos. Su rostro sonriente emerge de su coraza damasquinada, labrada como una delicada joya. Su alegría y su optimismo se comunican a la brillante oficialidad que le rodea. Va a realizar uno de sus más caros sueños.

—Hoy —afirma a los suyos, mirando los muros de la ciudad sitiada— seré duque de Milán.

Va a empezar la batalla y él, tranquilo, lo dispone



Francisco I, puesto a la cabeza de su caballería, da orden de cargar.

todo. Su caballería y su artillería gozan de fama por su espléndida organización, su poder y su arrojo.

Después de un intenso fuego de las grandes piezas, Francisco, puesto a la cabeza de su caballería, da orden de cargar.

Y la carga se produce, cerrada. Es un vendaval de bestias, de hombres y de armas.

Un vendaval furioso que dispersa, aniquila a los fuertes piqueros y a los tiradores de arcabuz de Lannoy.

Pero no le había llegado aún el turno a Borbón, el valiente enemigo que Francisco tenía frente a sí.

Borbón esperaba a la cabeza de sus lansquenetes. Sabía que éstos iban a chocar con los aguerridos suizos.

Pero conocía muy bien a éstos y conocía el efecto que les producía el primer choque, cuando éste tiene la violencia de una catapulta.

Y allá partió Borbón, también él a la cabeza, con sus tudescos. El choque fué tremendo. Entre tanto la artillería desencadenaba toda su violencia y la caballería contraatacaba en la vanguardia, abatiendo a los suizos de Francisco que, primero vacilaron, y luego arrojaron las armas huyendo velozmente.

Francisco no podía creer lo que veía. En un solo momento toda su fe en la fuerza que tenía en sus

manos se desvanecía ante la realidad. Rugía de ira y de vergüenza.

—¡A mí, oficiales! —gritó.

De sus oficiales sólo quedaba un puñado, y con ellos, galopando tras los fugitivos, intentó hacerlos reaccionar, pero en vano.

Para completar el desastre, Leiva salió en aquel momento de la ciudad y envolvió a las tropas fugitivas por la retaguardia.

Se produjo una tremenda carnicería. Los de Borbón y los de Leiva mataban sin piedad y a mansalva.

Francisco, enloquecido de vergüenza, pero sin perder su dignidad, luchaba como una fiera acorralada.

Una mesnada de mercenarios ebrios de triunfo lo rodeaba, haciendo chocar sus aceros contra el del joven rey, cuyo brazo ya estaba debilitándose de tanto golpear.

Ya estaba acosado. Uno de aquellos desalmados le iba a dirigir de atrás un terrible y certero mandoble.

Pero en medio de la refriega se oyó un grito conminatorio.

—¡Abajo las armas!

Era un oficial del imperio, que había reconocido a Francisco por sus plumas y su armadura.

Y aquel día, en un campo de muerte, donde habían perecido diez mil hombres entre los que estaba la flor y nata de la nobleza francesa, un rey fué hecho prisionero.

Ese rey fué el que escribió entonces a su madre, desde la cárcel que le acogió, la histórica frase:

“Todo lo hemos perdido, salvo el honor”.

Consuelo triste, pero consuelo al fin para un rey vencido.

4.—EL DESAFÍO

Pavía le entregaba a Carlos un mundo nuevo. Con el rey de Francia en sus manos, todo lo podía.

Sin embargo, cuando los mensajeros le trajeron la gran noticia, sobreponiéndose a la emoción, sobreponiéndose al dolor de la enfermedad que en aquel momento le aquejaba, en lugar de hablar, oró, y después de orar, dió orden de suspender la guerra, diciendo:

—No es de caballero seguir peleando teniendo al rey en mi poder.

Todos le instaban a que se aprovechase de esa circunstancia que pondría en sus manos cuanto hubiera podido ambicionar.

No escuchó a nadie. Sólo hizo las demandas que le

parecieron justas y que bajo juramento Francisco prometió cumplir.

Pero al ser puesto en libertad el rey de Francia olvidó sus juramentos y formó una liga poderosa para combatir a aquél que antes le había tenido prisionero.

Fué en esa ocasión cuando Carlos, indignado con la actitud de su vencido, dijo de él ante quien quiso oírlo.

—¡Es un malvado y un cobarde!

Francisco se enteró de esto y le retó a duelo.

Carlos respondióle en un mensaje:

“Por el bien de la Cristiandad, y para evitar más derramamiento de sangre, mantendré cuanto he afirmado midiendo mi espada con la vuestra”.

Y le indicaba a renglón seguido un lugar de la frontera para realizar el lance.

Cuando el enviado de Carlos pidió audiencia al rey de Francia para comunicarle la voluntad de su soberano, jamás pudo terminar de exponer el mensaje porque no le dejaron hablar, quedando impedido, así, de llevar respuesta alguna a Carlos.

El lance terminó, pues, de manera tan vulgar.

Si ese duelo se hubiera realizado, quién sabe por qué otros derroteros hubieran marchado los acontecimientos de aquel gran período del mundo.

5.—LA OCASIÓN DE FRANCISCO

Pero, para hacer honor a la verdad histórica, necesario es decir cómo Francisco se portó honradamente en otra ocasión en que, si hubiera sido hombre de escasos escrúpulos, pudo haber tenido en sus manos y disponer a su antojo del más poderoso monarca de la época, su mayor enemigo y rival.

El hecho merece ser narrado y, si es cierto el episodio del incumplimiento de lo jurado cuando fué prisionero de Carlos, con el suceso que se va a conocer, el rey de Francia queda en cierto modo redimido de aquella falta.

En 1538, los rivales firman una tregua de diez años, la famosa “paz de las Damas”. Se realiza al poco tiempo una entrevista entre los dos poderosos señores, en la ciudad de Aigues-Mortes.

Como Francisco se había unido antes a los turcos anticristianos con tal de combatir mejor a Carlos, gran defensor de la fe católica, ahora aquél le promete, en tren de gran amistad:

—No renovaré jamás un tratado con el Sultán de Turquía. Apoyaré a la Cristiandad, en adelante.

Carlos, en uno de esos impulsos de emoción sincera

habituales en él, y que le llevaban con facilidad a darse todo, estrechó al rey en un gran abrazo.

Francisco, entonces, reteniendo una mano de Carlos, le coloca en un dedo una preciosa sortija de brillantes.

—Esto, Carlos, queda en prenda de mi promesa.

Los dos soberanos se abrazan, llenos de ardor amistoso. Se habla en seguida de alianzas, de una guerra contra Inglaterra, que va siendo una vecina molesta. Se hacen proyectos fraternales. El mundo entero es de ellos.

Poco tiempo después, Carlos, que está en España, debe ir a su ciudad natal, Gante, donde había estallado una rebelión.

Francisco le propone que realice el viaje por Francia.

Carlos acepta, sin desconfianza; pero por si algo llegara a pasar deja a su hijo un pliego con instrucciones de gobierno.

El viaje fué triunfal. No hubo honor que no se ofreciese al Emperador. Fiestas, banquetes, cacerías.

Aquel niño “galante y mal criado”, como llamó Guizot a Francisco, se portó con la mayor esplendidez.

En París le hicieron un recibimiento impresionante,

y eso que el pueblo de aquella ciudad, por cariño a su soberano, guardaba viejos rencores al poderoso rival.

Pero París, cuna de la gentileza, maestra de la gracia exquisita y de la noble caballeridad, quiso excederse en atenciones con aquél que un día venció a su rey en inolvidables hechos de armas.

Así fué como entre otros valiosos obsequios, Carlos recibió de la capital de Francia una estatua de Hércules, de tamaño natural, maciza, fundida toda ella en plata finísima.

La más alta nobleza de Francia le rodeaba en los homenajes.

Pero entre los personajes más allegados a él, no faltó más de uno que sugiriese a Francisco:

—¿Por qué no aprovechas este momento? El mundo puede ser tuyo.

Y aquí de la actitud honrada del rey, de la que hablamos más arriba: no dió oídos a ninguno de estos consejos tan poco caballerescos.

No pudiendo lograr de Francisco en forma directa lo que anhelaban dichos perversos consejeros, éstos —se dice— usaron de una ingeniosa estratagema para ver si así podrían decidirlo.

6.—TRIBOULET

En las cortes de aquellos tiempos —es por de más sabido— figuraba siempre algún personaje extravagante, a veces loco, a veces pícaro, que ya sea por su figura ridícula o su ingenio más o menos brillante o sus salidas cómicas, adquiriría una categoría especial que le hacía, en ocasiones, llegar a lo más íntimo de la vida de los soberanos.

Eran esos personajes los encargados de disipar el mal humor de los amos entreteniéndolos con chuscadas, con narraciones chistosas y hasta con impertinencias a veces tan inoportunas y fuera de tono, que sólo, por venir de quien venían y por estar esos seres considerados como pertenecientes a una esfera fuera de la categoría humana, les eran permitidas.

Se ve, por lo dicho, que nos referimos a los bufones.

Esos seres, verdaderos monstruos, considerados tanto desde el punto de vista material como del espiritual, representaban en algunas cortes un papel que sobrepasaba al que en apariencia tenían. Eran, en efecto, unas veces confidentes de los mayores secretos del gobernante; otras, instrumentos serviles de los vicios del señor, y alguna vez, hasta consejeros del mismo,

llegando en ciertos casos a adquirir una influencia tal que superaba a la de la propia familia del soberano.

En la corte de Francisco, el gran bufón era el famoso Triboulet, que pasó a la historia por diversos motivos y que, justo es decirlo, tenía un ingenio que hubieran envidiado muchos cortesanos.

En aquella corte de personajes tan llenos de distinción, por otra parte, no hubiera tenido cabida uno de esos payasos vulgares que despiertan la risa de los necios por sus salidas estúpidas o por sus contorsiones inverosímiles.

En la corte de Francisco no podía triunfar ningún bufón que no tuviera un fino ingenio y un sentido de la burla y de la ironía bien matizado.

Así era como Triboulet triunfaba, y era así como este extravagante ser que medraba en aquella alta esfera de lujo y de placer porque sabía divertir al rey, tenía capacidad para escribir un libro de memorias que era considerado famoso.

Fué por ese medio que la estratagema cortesana a que nos hemos referido, llegó a insinuar de nuevo al rey la acción indecorosa que ya le habían propuesto.

La anécdota se cuenta así:

Triboulet tenía en su libro de memorias un capítulo especial en el que anotaba los nombres de todos

aquellos locos —según él— con quienes había tratado.

Incitado por los oscuros consejos de los dichos cortesanos, uno de los días en que mayores homenajes se le dedicaban al Emperador visitante, el bufón se puso junto al rey con su libro de memorias, y señalando el capítulo de los locos, le dijo a su amo:

—Sire, observa el nombre que voy a agregar a mi lista de locos.

—Veamos —dijo sonriente el rey, que no dudaba que alguna cosa importante había detrás de todo aquello.

—Lee —dijo Triboulet después de escribir trabajosamente un nombre.

Francisco inclinóse sobre el cartapacio, y descifró, en voz alta:

—Carlos Quinto, Sacro Emperador Romano.

Y ante el silencio de los circunstantes, casi todos los cuales estaban en el complot, preguntó el rey al bufón:

—¿Y por qué crees que es loco Carlos?

A lo que el bufón contestó:

—Porque sólo estando loco puede tener el atrevimiento de pasar por tu reino, del que tú no le dejarás salir.

Francisco comprendió. Ya no sonreía. Miró a los que le rodeaban, y dirigiéndose al audaz payaso, le dijo, ceñudo:

—¿Y si yo le dejase salir?

La audacia de Triboulet, entonces, no tuvo límites, y contestó rápidamente a su señor:

—Entonces borraría el nombre de él y en su lugar pondría el tuyo.

Francisco no pudo retener una carcajada al escuchar la ingeniosa respuesta.

Al otro día el Emperador Carlos era despedido en la frontera con todos los honores.

7.—EL GENIO MULTIFORME

La interminable serie de sucesos a que dieron lugar las cinco guerras entre Carlos y Francisco está repleta de episodios que llenan las páginas de la historia.

No vamos ni siquiera a sintetizar esos acontecimientos, porque ellos nos apartarían del motivo principal de estas páginas, que tienen que dar idea de cuál fué la actuación de Carlos Quinto en su época.

Podemos decir, eso sí, que en las guerras a que aludimos, Carlos demostró su superioridad como militar,

como diplomático y como hombre de estado. Su valor era temerario, pero no le hacía precipitarse a locas audacias. Siempre dominó las situaciones con serenidad y condujo casi siempre a sus ejércitos a la victoria. Sabía organizar sus fuerzas, y con escasos elementos bien utilizados —merced a recursos tácticos asombrosos— conseguía lo que otros no hubieran hecho con inmensas masas humanas.

Él, además, se sabía rodear de grandes capitanes y de hábiles hombres de estado, y la complicada red de los asuntos de su gobierno era dominada por su amplia visión.

Ha de tenerse en cuenta que Carlos Quinto estuvo siempre perseguido por la enfermedad y ésta, la gota, era de las más crueles. No obstante, torturado por los dolores, se le veía dirigir batallas, resolver arduos asuntos de gobierno, guiar complicadas tratativas diplomáticas, siempre alerta, siempre vivaz, sobreponiéndose a los más duros contratiempos que, como es natural, sobrevienen a cada instante a quien tiene en sus manos la dirección de tantas naciones.

Y si su actividad mental era asombrosa, su movilidad física no le iba en zaga. Iba de un país a otro para hacerse presente ante sus adversarios o para dar la cara

a los conflictos que se le presentaban y que nadie más que él sabía resolver.

Y no había contrariedad, por más tremenda que fuera, que le hiciera torcer su recto juicio o consiguiera inclinar violentamente la balanza de su sentido de la justicia.

Se equivocó muchas veces, cometió grandes errores, fué en ocasiones muy cruel; pero la línea general de su vida tiene tanta grandeza, que los errores y los extravíos desaparecen ante la enorme luz que se desprende de la época que llenó su genio.

8.— LA VIDA ÍNTIMA

Ahora, como contraste a la vida pública del titán, a esa vida cuyo somero esbozo acabamos de trazar en las líneas que anteceden, bueno sería que nos introdujéramos en lo más íntimo del hogar del monarca, para conocer aquello que, tanto en los reyes como en los plebeyos, forma la verdadera base de la personalidad.

Los sabios que se preocupan en desentrañar los misterios de la historia, muchas veces han aclarado un suceso de gran trascendencia que aparentemente no tenía explicación alguna, buscando las causas del mismo



Carlos se casó en 1526 con su prima Isabel de Portugal

en la intimidad de la vida de los hombres que intervinieron en aquellos acontecimientos.

Una enfermedad, un capricho, una crisis pasional, la veleidad de un espíritu débil, han sido la causa de que se torciera, a veces, el curso de sucesos que verosímelmente marchaban hacia destinos claramente previsibles.

No está de más, por lo tanto, como más arriba decíamos, que conozcamos algunos aspectos de la vida hogareña de Carlos, para observar qué relaciones puede tener ello con la vida pública del gran hombre de estado.

Al contrario de lo que ocurre generalmente en los matrimonios entre reyes, que se efectúan como meras alianzas y sin tener en cuenta las simpatías personales de los contrayentes, en el caso de Carlos ocurrió lo contrario.

Carlos se casó en 1526 con su prima, Isabel de Portugal.

Isabel era de una belleza majestuosa y serena. Su famoso retrato, pintado por el inmortal Ticiano, expresa toda la encantadora sugestión de aquella mujer, en cuyos rasgos puros y nobles se adivina un espíritu de excepción.

Así fué Isabel, en efecto, y lo demostró con la in-

teligencia, la cordura y la discreción con que actuó de regente de Carlos en España.

Adoraba a su esposo, quien retribuía en la misma forma aquel profundo y sincero afecto. Carlos no sólo la amaba, sino que la respetaba como su mejor consejero; y muchas veces fué el clarividente dictamen de ella —solicitado por el regio consorte— el que resolvió asuntos de trascendental importancia para el gobierno de aquel vasto imperio.

Ella fué la que, con su solícita previsión al ver cómo estaba agobiado Carlos por el sufrimiento físico y las cargas del gobierno, lo aconsejaba continuamente que se despojara de parte de sus grandes responsabilidades, para entregarlas a sus hijos.

Carlos tenía afición por la vida hogareña, y en cuanto podía volaba junto a su esposa y, rodeado de sus hijos, de sus flores y sus pájaros, vestido con el sencillo traje negro por el cual tenía preferencia, se dedicaba a simples trabajos manuales, admiraba sus bellos cuadros, cultivaba su jardín, estudiaba su hermosa colección de mapas, manipulaba los instrumentos científicos, de los que tenía una importante colección, y se extasiaba ante los vuelos y los cantos de las aves encerradas en cien lujosas jaulas.

Pero nada le era tan particularmente grato como

cuando, en uno de esos raros días de descanso que le concedían los negocios de estado, podía sentarse tranquilamente a la mesa, rodeado de los suyos, y saborear a su gusto los variados platos que sus expertos cocineros le presentaban en un copioso menú, compuesto en su mayoría por succulentos manjares, siempre pesados, fuertes, condimentados con salsas especiosas y picantes, y rociados con vinos generosos.

Ese menú se componía generalmente de diez o quince platos.

Los criados, lujosamente vestidos, traían cada uno de ellos una gran fuente, que al llegar frente al Emperador era destapada. Si no era de su agrado el plato, el gesto negativo era orden de retirarlo. Si le gustaba, le servían de él.

Así pasaban frente a él enormes piezas de caza, cocidas enteras, rodeadas de toda clase de legumbres y rociadas con salsas distintamente coloreadas; pasteles enormes que simulaban castillos o chozas, rellenos de confituras; aves variadas, pastas y toda clase de manjares selectos.

Pero el Emperador elegía, entre aquella interminable revista culinaria, cuatro o cinco trozos, casi siempre de carne, que cortaba él mismo, tomando el alimento con los dedos, pues aún no se conocía el tenedor.

Cuando quería beber, hacía una señal a los médicos que estaban junto a él, los cuales le servían en una gran copa que el soberano se bebía de un solo y largo sorbo.

Como era parco en palabras y mucho más en la mesa, sólo hacía algún comentario entre plato y plato, riendo a veces de muy buena gana, gustándole entonces que los demás le acompañaran en su alegría.

Terminada la comida, se retiraban de la estancia todos los muebles que se habían utilizado para aquélla, todo incluso mesas, sillas, etc., no quedando en la sala más que las colgaduras de las paredes y un sillón junto a una ventana, donde Carlos tomaba asiento.

Allí rezaba su acción de gracias, y en seguida se lavaba las manos mientras un criado le traía las consabidas plumas para mondarse los dientes.

Después de esto, sin dormitar siquiera, o conversaba con los suyos, o recibía a quien venía a pedirle audiencia.

De aquel matrimonio cuya tranquila felicidad no fué oscurecida por nube alguna, nacieron cinco hijos, de los cuales vivieron tres: Felipe, María y Juana.

9. — EL DOLOR MÁS GRANDE

El matrimonio de Carlos e Isabel sólo duró trece años.

La dulce y amada esposa falleció en mayo de 1539.

Este suceso produjo a Carlos el dolor más grande de su vida.

No se podía resignar a tal pérdida. Lloraba como un niño y nada ni nadie podía consolarlo.

Si la madre había sufrido en la forma más trágica la pérdida de su amado Felipe, ahora el hijo sufría del modo más patético.

Sus más íntimos familiares, sus confidentes más allegados, su propio sacerdote, se acercaban a él tratando de verter en su espíritu el bálsamo de las palabras más cordiales.

Pero era inútil. Carlos no oía más que el acento desgarrante de su profundo dolor.

Rechazó a todos. Quiso aislarse.

Y se apartó del mundo, refugiándose en el monasterio de los Jerónimos, donde permaneció cincuenta días orando, hundido en su pena, haciendo rezar todos los días una misa para la amada inolvidable.

Sólo lo arrancó de allí aquella fuerza implacable que le arrastró toda su vida de un lado a otro: la lucha.

Y salió de nuevo a combatir, quizás con renovadas fuerzas, con las fuerzas que da el dolor cuando es tan cruel que despierta ansias de vencerlo, olvidándolo.

VI

LA DEFENSA DE LA FE

I. — LOS ENEMIGOS DE LA FE

OTRAS preocupaciones, tan importantes como los problemas bélicos, tuvo en su vida el Emperador.

La más grande quizás —y ésta de orden moral— fué el enorme conflicto a que se vió abocada la Iglesia precisamente en la época de que nos ocupamos.

Carlos, por su situación de Emperador del Sacro Romano Imperio, debía ser, con el Papa, el defensor de la fe.

Y a él le tocó enfrentarse con la lucha más grande en que se vió comprometida la Iglesia católica: la Reforma.

Pero, antes de pasar a contemplar el panorama de los

importantes movimientos a que dió lugar la lucha religiosa, veamos otra faz, y no de las menos importantes, de la acción que desarrolló el imperio de Carlos.

La defensa de la fe en los países cristianos que estaban bajo el dominio del Sacro Romano Imperio, no se limitaba a vigilar la intangibilidad de la religión en sus aspectos internos. El enemigo aquí era grande, pero luchaba principalmente con la polémica ardorosa y hasta fanática, que llegó a veces a luchas sangrientas, pero que, al fin y al cabo, se desarrollaba entre hermanos que discutían por detalles del mismo credo.

Había otro enemigo terrible, sin piedad, que odiaba a la fe cristiana porque tenía una fe distinta, y que ambicionaba posesionarse de los inmensos tesoros de cultura, de belleza y de abundancia que había acumulado la Cristiandad.

2.—LOS MUSULMANES

Este enemigo era el musulmán, poderoso, valiente hasta la temeridad, exaltado por una fe fanática, movido por un odio innato hacia el occidente católico, y ansioso de conquistar los fabulosos tesoros de Europa.

En la historia del imperio de Carlos se repiten con frecuencia las luchas con el turco, luchas sangrientas y continuas, con distintas alternativas.

Y el Emperador tuvo frente a él a los guerreros más denodados, más crueles y más fanáticos del Oriente.

3. — SOLIMÁN

Uno de ellos fué Solimán II, Emperador de los turcos, llamado el Grande o el Magnífico, valeroso y audaz guerrero que llevó a su nación al mayor poderío. Ansioso de conquistas, llegó a dominar casi toda Hungría. Llegó tres veces ante los muros de Viena, sin poder conquistar a la bella ciudad.

Era un hombre orgulloso, cruel, que odiaba a los europeos, pero que no vaciló en aliarse secretamente con Francisco, quien se ganó el rencor de la cristiandad por esta acción incalificable a los ojos de quienes veían en el turco al mayor enemigo de la fe.

En 1531, Solimán, que mantiene su pacto con Francisco, después de varios resonantes triunfos en los Balcanes, invade de nuevo la Hungría y marcha sobre la ansiada Viena, a la que asedia, atacándola luego con cuatro terribles asaltos infructuosos.

Es el tiempo en que Carlos sostiene una tremenda lucha con los partidarios de Lutero, pero ante el avance del turco, el enemigo común, se olvida por un instante todo conflicto intestino, y católicos y luteranos, teniendo a su cabeza a Carlos Quinto, avanzan contra el infiel, que retrocede sin presentar batalla.

Esta hermosa victoria de Carlos, victoria doble por la derrota del turco y por la habilidad en unir en un solo haz a los enemigos al parecer irreconciliables, le hace comprender que debe realizar la obra tanto tiempo planeada, que es la de derrotar a Mahoma en Africa, en su propio solar, después de haberlo expulsado de Europa.

4. — BARBARROJA

El feroz Solimán tiene un lugarteniente que lo supera en temeridad y en instintos perversos. Khayr-ed-Din, llamado Barbarroja, ha sido nombrado jefe de la flota turca.

En la época en que Carlos ha decidido su plan, el almirante otomano es un hombre de setenta años, pero lleno de fuerza juvenil y rodeado de un nimbo de prestigio formado con la sangre que ha derramado en batallas, asaltos, depredaciones y crímenes. Es alto,

musculoso, y en su rostro poblado de pelos hirsutos, en sus cejas espesas y en su enorme barba roja, lucen dos ojos llenos de malicia felina.

5. — LOS PALADINES DE LA FE

Pero Carlos ha puesto frente a aquél a dos magníficos guerreros: uno es un hombre fuerte y sereno, que no teme a nadie, que es hijo predilecto del Mediterráneo y que conoce todas las artimañas del hombre rojo: es el genovés Andrea Doria; el otro no es un hombre, es una institución surgida del espíritu más puro de la cristiandad: la Orden de los Caballeros de Malta, patrulleros del mar, perseguidores de piratas, heroicos y nobles enemigos de Mahoma.

6. — TÚNEZ

Los bandidos de Barbarroja tienen reclusos en Túnez a veinte mil cristianos, tomados en las múltiples depredaciones que hicieron en sus barcos piratas.

Carlos ha meditado bien su plan. Está decidido a aniquilar a las hordas marinas que infestan las costas,

matan y saquean sin piedad y se burlan de la civilización. Él libertará a la cristiandad de tal epidemia.

Reúne a su armada. Tiene sesenta y cuatro galeras y trescientas embarcaciones menores, donde treinta mil guerreros se embarcan ansiosos de enfrentarse con el odiado infiel.

En la galera *Bastarda* —nave almirante— está el conductor de toda aquella fuerza de la cristiandad. En ella embarca también Carlos Quinto. Junto a ella, custodiándola, en otras naves, van los aguerridos Caballeros de Malta.

Carlos había hecho los preparativos con el mayor secreto. Con un noble gesto de solidaridad cristiana, invitó a Francisco a participar en la misión de castigo contra el enemigo común. Pero Francisco, en lugar de aceptar, se esquiva hábilmente y envía en secreto un mensajero a Barbarroja, dándole todos los detalles de la expedición.

Barbarroja, así, se arma con todas las armas. Prepara a más de cien mil hombres para esperar el desembarco. Está contento. Su sonrisa cínica y cruel surge a través de su barba color de fuego, y se convierte al rato en una orden.

—Apenas se aviste al enemigo, degollad a los veinte mil cristianos. Será el primer regalo que les prepararé.

Dios no lo quiso así. El mandato de la providencia estaba en las manos del gran Emperador y en la habilidad de aquel marino ilustre que estaba a su lado.

Las naves de la fe llegaron al fuerte de La Goleta, cerca de Túnez, donde Doria ordenó un terrible bombardeo, después del cual las tropas de desembarco, entrando por las brechas abiertas por el cañón, atacaron La Goleta. Entretanto la flota dominaba, capturando a las naves argelinas.

Al otro día la lucha se desarrolló en Túnez. Veinte mil jinetes del desierto cargaron en masa y con toda su furia a los europeos. Pero todo fué inútil. Las huestes de Mahoma fueron derrotadas y Barbarroja, que se batió como una fiera al frente de sus bárbaros, tuvo que huir al desierto.

Magnífico triunfo del valor, de la inteligencia y de la fe, esta gran batalla tuvo su más espléndido coronamiento en este hecho:

Los veinte mil prisioneros cristianos que Barbarroja pensaba degollar, fueron los que abrieron al vencedor las puertas de la ciudad de Túnez.

7. — ARGEL

Desgraciadamente, no siempre los planes de Carlos para combatir al turco fueron seguidos por triunfos.

En efecto: en 1542 preparó otra gran expedición contra Argel, que no tuvo el mismo éxito que la que acabamos de relatar.

No era propicia la estación para navegar ni para el desembarco. Doria se lo había advertido al Emperador.

Este había organizado una formidable flota, que al llegar a las costas de Africa fué dispersada por tremendo huracán.

El ejército de desembarco fué castigado por copiosas e interminables lluvias que convirtieron el campo en una ciénaga que impedía la marcha. Se inició la batalla, pero una parte del ejército vaciló, entregándose luego. Carlos, haciendo gala de una temeridad sin nombre, enarbolando su espada y dando aliento a los suyos, consiguió organizar sus huestes que ya habían iniciado una retirada con perspectivas desastrosas.

Después de varias peripecias, con las tropas agotadas por el inútil esfuerzo, Carlos renunció a la expedición y volvió a España, pensando que, si hubiera seguido el consejo de Doria, no le hubiera ocurrido aquello que casi adquiere las proporciones de una catástrofe.

8. — LEPANTO

Hasta este año de 1542 —que debió, según los proyectos de Carlos Quinto, marcar la derrota definitiva del peor enemigo de la Cristiandad— habían transcurrido veinte a contar de aquél en que se celebró la famosa Dieta de Nuremberg, convocada para tratar importantísimos asuntos de Estado, a la cabeza de los cuales estaba el de la organización de potentes fuerzas para contrarrestar los avances del Turco.

Este desastre de Argel, que terminamos de narrar, demuestra que, por más geniales que sean los hombres, muchas veces por falla de un pequeño detalle, convierten en una derrota lo que debió ser para ellos un triunfo inigualable.

Si Carlos escucha los consejos de Doria —que como buen marino sabía que, en aquella época, el tiempo sería mayor enemigo que el Turco para la flota— ese año de 1542 hubiera marcado el aniquilamiento definitivo de aquellos terribles piratas.

Pero —destino extraordinario de los grandes hombres— la Providencia debía hacer que se cumpliera el designio de que, aun de manera indirecta, fuera el gran Carlos Quinto quien proporcionara la fuerza poderosa que, en defensa de los cristianos, hiciera des-

vanecer la leyenda de que el Turco no podía ser vencido por nadie.

Así fué en efecto.

Hagamos referencia a ello, aunque debemos saltar fuera del tiempo que corresponde a esta historia, trasladándonos al año 1571 y al día 17 de octubre.

En esta fecha las costas de un hermoso golfo de aguas azules vieron flamear orgullosos los oriflamos que ostentaba una gallarda flota de guerra. Los estandartes lucían los colores y las insignias del Papa, de Venecia y de España.

Aquel trozo de plácido mar transparente, donde navegaban tantos bajeles en busca del enemigo, era el golfo de Lepanto.

Las naves cristianas navegan con todas sus velas desplegadas, y de repente se enfrentan con la inmensa armada del Turco, que las espera, segura de la victoria y ansiosa del botín.

Pero esta vez el tiempo no favorece a los turcos ni daña a los cristianos, como ocurrió en Argel. Aquí vencerá el más hábil y el más valiente.

Y se produce el colosal encuentro entre las dos flotas, tan numerosas que sus embarcaciones cubren el golfo como una bandada de gaviotas.

La pelea espantable se decide, al fin, en favor del cristiano, con un desastre tan enorme y tan definitivo para el Turco, que basta decir para demostrarlo, que éste, contra 5000 hombres que perdieron los cristianos, tuvo 30.000 muertos y 224 naves hundidas o incendiadas.

El triunfo fué completo. El prestigio de Mahoma ante el mundo quedó sepultado en las aguas de Lepanto.

De aquella batalla de gloria, salió un hombre mutilado. Había perdido una mano. En adelante, a él, que se llamaba cristianamente Miguel de Cervantes Saavedra, se le denominaría el Manco de Lepanto.

Pero ahora nombremos al joven héroe que, dirigiendo aquella batalla famosa, se cubrió de gloria para siempre.

Se llamaba Juan de Austria.

Él era el instrumento del designio que la Providencia había comenzado en un gran Emperador.

Llamábase Juan de Austria. Era hijo de Carlos V y de Bárbara Blömborg, humilde burguesa de Ratisbona con quien el Emperador había mantenido en otro tiempo estrecha relación.

VII

LAS LUCHAS RELIGIOSAS

1. — UN HOMBRE FRENTE A UN MUNDO

DESPUÉS de esta necesaria ampliación, que nos hizo abandonar la senda por la que seguíamos las huellas de nuestro héroe, reanudemos la historia en el lugar en que la dejamos. Pero dirijamos una mirada de conjunto a la obra del Emperador.

Todo lo que hemos narrado de la acción de Carlos Quinto en forma tan sintética, da idea de la suma de acontecimientos de responsabilidad, de peligro, de audacias, que pesaba sobre el hombre que dirigía los destinos del Imperio.

Pero si hubiéramos podido expresar también en esas mismas líneas todos los otros sucesos de inmensa importancia que tenía que afrontar en forma simultánea

el Emperador, nos resistiríamos a creer en la verdad de los hechos que la historia detalla. Es en verdad sorprendente que un ser humano pueda afrontar y resolver a un mismo tiempo tan cantidad de complicados problemas, de los cuales el más insignificante afectaba tan complejos y cuantiosos intereses, no de individuos, sino de naciones.

Sin embargo, mientras Carlos guerreaba con Francisco en Italia, en Francia, en España; mientras atendía los mensajes innúmeros que le venían de América, en cuya extensión inmensa luchaban sus conquistadores; mientras reformaba leyes de viejos países y creaba una legislación nueva y humana para razas que recién entraban en la civilización; mientras conducía sus galeras de guerra al Oriente para defender la fe de su credo religioso; mientras se trasladaba de un país al otro en sus dominios, para reprimir rebeliones, o presidir dietas, o atender peticiones; mientras resolvía los más intrincados problemas de sus finanzas siempre exhaustas y siempre necesitadas de numerario para hacer frente a las crecientes necesidades de sus pueblos; mientras atendía la organización de varios ejércitos formados por un mosaico de nacionalidades y constituidos por hombres de las más diversas procedencias y

todos hambrientos de saqueo y prestos a la rebelión; mientras se preocupaba de las relaciones diplomáticas con los demás países; mientras se sumía en la meditación de las más graves cuestiones y, abarcando toda su labor, en conjunto, la orientaba en el sentido de hacer más grande y más glorioso el Sacro Imperio cuyo cetro se le había confiado; mientras tenía que cuidar con obligada atención su cuerpo siempre doliente, al que la enfermedad, más cruel que ninguna, torturaba cada hora; él, el hombre más poderoso del mundo y el más acosado por la labor, buscaba su minuto de goce, su descanso espiritual, leyendo una página de los *Comentarios* de César, o las *Meditaciones* de San Agustín, escuchando un trozo de música escogida, comentando la factura de un cuadro de Ticiano, o rodeándose de flores entre las cuales revoloteaban pintadas y canoras aves.

Y era entre todo ese universo de acontecimientos y de preocupaciones —como si fueran aún escasos estos motivos que movían su vida— cuando se le presentaba el trascendental problema de la Reforma, al frente de la cual estaba la oscura imagen de un fraile que, en poco tiempo, había asumido una estatura espiritual y social gigantesca.

2. — MARTÍN LUTERO

Esa figura que se yergue en el pórtico del Renacimiento es la de Martín Lutero.

Lutero era un modesto fraile agustino a quien ciertos historiadores pintan en forma diametralmente opuesta, según estén ellos influenciados por distintas creencias religiosas.

Los que le ensalzan de todas maneras, nos lo presentan como un hombre de una absoluta pureza de costumbres, fervoroso de sus creencias, capaz de los mayores sacrificios y de la remuneración a todos los goces humanos.

Los que no le miran con simpatía, sin dejar de reconocer la poderosa fuerza de su individualidad, le achacan infinidad de defectos y le atribuyen un temperamento hirviente de groseras pasiones.

Pero nadie negará, porque sería negar la evidencia, que el genio de este hombre fué el que produjo una de las más grandes revoluciones en la vida espiritual de la Humanidad, después de Jesús.

Lutero era hijo de campesinos. Su padre era un desalmado que lo castigaba sin piedad, y su madre no era menos violenta en sus procedimientos para con su hijo.

Dotado de un alma exaltada, se refugió en el claustro, donde se distinguió por la austeridad en la aplicación de la disciplina, ya de por sí severa, de su orden.

Trata de hacerse perfecto por la penitencia y ayuna, se macera las carnes, se castiga sin piedad y, a veces, queda desvanecido de debilidad y de dolor durante horas.

En esos períodos le atacan convulsiones. Tiene visiones impresionantes, una de las cuales —que le persigue toda la vida— es la de un perro negro, furioso y siniestro, que se le aparece en los momentos culminantes de su existencia.

Esa visión era para él la del demonio, y un día en que el perro negro se le apareció con los ojos echando llamas, él —dice— lo tomó con sus manos arrojándolo por la ventana, donde lo vió disolverse en el aire, como si fuera humo.

Este hombre fué el que un buen día se levantó contra la Iglesia todopoderosa, porque —afirmó— ésta había llegado en sus procedimientos a extremos de corrupción inconcebibles.

3.—EL ORIGEN DE LA REFORMA

El origen de esa rebelión fué el escandaloso comercio de las llamadas bulas de indulgencia, que la Iglesia realizaba para adquirir dinero a fin de realizar grandes obras de lujo y hacer del rito una cosa fastuosa y brillante.

Por dichas indulgencias se perdonaba cualquier pecado al afortunado que podía adquirirlas a buen precio.

La protesta de Lutero contra las indulgencias fué el comienzo de aquel gran movimiento de rebeldía que se llamó la Reforma, y que provocó la excomunión de aquél, dictada en una bula famosa.

Como Lutero tenía un temperamento que no se paraba en medios violentos para combatir a sus adversarios, un buen día quemó en público las Decretales, o sea el libro fundamental de la doctrina eclesiástica, escrito por los papas de los primeros siglos. Algo así como la Carta Fundamental de la Iglesia.

La doctrina luterana tomó un incremento tan rápido —ayudada en su propagación por la imprenta, que se había perfeccionado grandemente— que invadió toda Alemania y parte de otros países, interesando a grandes espíritus de la época y alarmando, como es natural, a la Iglesia, y en consecuencia a Carlos que

como Emperador Sacro había jurado conservar la integridad de aquélla y que, por otra parte, sentía con todo fervor la fe cristiana de sus mayores.

4. — LA DIFUSIÓN DE LAS NUEVAS IDEAS

Pero Carlos, acosado por tantísimos problemas como le planteaban los diversos pueblos que estaban bajo sus dominios, no tomó en el momento propicio la resolución de sofocar el movimiento luterano que cundió por toda Alemania como un reguero de pólvora.

Además, este conflicto se le presentó cuando aún no tenía a su alcance las poderosas fuerzas con que contó después. Luego de treinta años de propaganda fervorosa y entusiasta de aquella fe, ¿cómo iba a hacerla desaparecer de las almas?

Tentó todos los medios. Fué conciliador al principio; pero cuando llegó el momento usó los recursos extremos, y en dos campañas de armas triunfó sobre las tropas luteranas.

Pero las victorias de las armas sobre las creencias jamás llegan a modificar la fe, cuando ésta se halla arraigada en las conciencias.

Y fué así como, en lugar de hacer desaparecer al protestantismo, lo que resultó fué que toda Alemania, que ya había profesado la religión luterana, se levantó iracunda contra el Emperador, y el descontento —inspirado en el noble sentimiento de la libertad— fué cundiendo por toda Europa, restando así a Carlos la admiración que se le tenía y la gran popularidad de que gozaba.

Además de Alemania, Bohemia, Inglaterra, Escocia, Suecia, Noruega y Dinamarca ya profesaban —y con el mayor ardor combativo— la doctrina de Lutero.

Dichas naciones, que dependían, unas materialmente, pero todas espiritualmente, de la Comunion Romana, se separaron de ésta.

Pero esa gran lucha de las creencias religiosas tuvo derivaciones de una gran trascendencia.

Por una parte, si bien hizo triunfar la fe de Lutero, llevó a esta fe a degeneraciones lamentables en infinidad de sectas absurdas que condujeron su fanatismo a extremos abominables.

Y por otra parte, si la Iglesia quedó profundamente herida en su poderío material, por haber desertado de sus filas millones de creyentes, el golpe sufrido le sirvió quizás para evitar su corrupción, haciéndola re-

flexionar, y como consecuencia, volverse a erigir con toda la grandeza de aquel poder espiritual que le dió siempre el dominio del universo civilizado.

Este es, a veces, el resultado de los grandes conflictos en la historia.

La victoria puede producir efectos lamentables.

La derrota puede servir para preparar una nueva victoria.

5. — LAS SECTAS

Un resultado verdaderamente lamentable de la victoria luterana fué, como dijimos, la multiplicación hasta lo infinito de sectas derivadas de las nuevas creencias.

Como la doctrina de Lutero, en uno de los principales puntos de su reforma, decía que las Escrituras podían ser interpretadas libremente por cualquiera, cada ofuscado, cada fanático, cada ignorante, se creía un iluminado, sacando de los versículos bíblicos las interpretaciones más inverosímiles.

Así salió de cada aldea un profeta, un vidente, un iluminado, que se proclamó, respectivamente, ora jefe de una nueva doctrina, ora gran sacerdote de una nueva iglesia, y hasta rey, emperador, santo y dios...

6. — LOS ANABAPTISTAS

Una de estas curiosas sectas fué la de los Anabaptistas. Su herejía estaba basada en que la humanidad debía ser bautizada de nuevo, y que el reino de Dios en la tierra tenía que establecerse bajo el comunismo.

No eran anormales todos los anabaptistas. Pero la doctrina dió origen a hechos que, por su carácter morboso, pasaron a la historia.

Era el año 1534.

Un panadero de Harlem, llamado Mathison y un sastre de Leyden, de nombre Johan Bockholdt —ambos anabaptistas— se presentaron en Münster diciendo que eran enviados de Dios. Venían a la ciudad —decían— a instaurar en ella la nueva Jerusalén.

Empezaron a predicar el verbo del bautismo y se proclamaron, uno el profeta Moisés y el otro, Rey de Sión, e hijo de David.

—Antes de fundar la nueva Sión —predicaban— hay que efectuar la matanza general de los descreídos.

—La nueva sede de la verdad tiene que ser habitada por almas puras como nosotros.

Aunque parezca mentira, la influencia de esta oratoria, en la que no se escatimaba ninguna palabra del más bajo vocabulario, llegó a producir una especie de

epidemia delirante entre las gentes de Münster, epidemia que se iba extendiendo a los lugares cercanos.

No tardó en llegarse a la anarquía. Y en consecuencia empezaron a producirse las escenas más abominables. Las orgías más brutales, los saqueos, los atentados más innobles al honor, eran vulgares episodios comparados con la ola de asesinatos que se propagó. El panadero y el sastre hechos profetas, que fueron los primeros en dar el ejemplo a los asesinos, proclamaron que todo el dinero y el oro, la plata y las alhajas de la ciudad, debían serles entregados bajo pena de muerte.

El populacho se arrodillaba ante los dos profetas y les besaba las ropas con devoción delirante.

Entretanto, se habían armado partidas de fanáticos que asesinaban a cuantos querían huir de aquel infierno.

Las ejecuciones llegaban a tal punto que en un solo día se contaron cincuenta.

A los enfermos y a los ancianos los arrojaban de la ciudad, y si se encontraba a alguno escondido, se lo llevaban al verdugo.

Por fin pudo escaparse de la enloquecida ciudad un hombre cuerdo, y volvió a ella con un regimiento de soldados que puso sitio a la población.

En esa decisión —hay que anotarlo aquí— tomó parte el propio Lutero, indignado contra aquellos criminales.

Los fanáticos se defendieron desesperadamente, pero los sitiadores penetraron en la población e iniciaron una tan terrible matanza que las calles de la ciudad se vieron repletas de cadáveres.

Al pretendido rey Bockholdt y a su compinche, después de un largo juicio, los sometieron a tremendas torturas y, después de muertos, los colgaron, como ejemplo, de una jaula en una alta torre.

Y aquí se reproduce en el pueblo el mismo sentimiento que ya mostramos en el capítulo dedicado a los mercenarios.

Aquella muchedumbre antes enloquecida en el delirio fanático; aquellos hombres que besaban las huellas de los pretendidos profetas, ahora que había fracasado el milagro, ahora que miraban la realidad, se congregaban en las plazas para celebrar alborozados la muerte de los que ahora calificaban de déspotas y de autores de aquellos inolvidables días de terror.

7.—IGNACIO DE LOYOLA

Decíamos antes que la Iglesia, ante el tremendo golpe sufrido por la Reforma, había reaccionado para re-

sucitar, quizás, más vigorosa, por lo menos espiritualmente.

En efecto fué así: Una sacudida como aquella debía de hacerla reflexionar.

Ya no se preocupó tanto de adornar sus altares, de enriquecer sus catedrales, de hacer del rito una cosa ostentosa y de hacer de Roma, en vez del centro de la fe, una ciudad de fiestas y de lujo.

Fué entonces cuando surgió un hombre que dió a la Iglesia una potencia prodigiosa, la cual se manifestaba en lo más íntimo del alma eclesiástica, con una austera y enérgica acción que tenía por partes iguales el dinamismo de la fe cristiana más pura y la potencialidad del sentimiento más guerrero.

Y fué, en efecto, un hombre que había sido gran guerrero, quien fundó la Orden que vigorizaría de tal manera a la Iglesia, que aún hoy, la medula que sostiene su poder, está constituída por ella.

Orden que es más de soldados que de sacerdotes, en ella su fundador contempla tanto el elemento creyente como el espíritu de combatividad.

Esa orden es la orden de los Jesuítas.

Y su fundador, tan grande en la guerra como en la religión, fué Ignacio de Loyola.

8. — CARLOS, MAGNÁNIMO

Las luchas de Carlos Quinto contra los reformadores, y especialmente contra el mismo Lutero, abarcan la mayor parte del reinado del gran emperador.

Hay que hacerle justicia a éste contra los historiadores que le atribuyen un odioso espíritu de reaccionario porque trató de impedir la difusión de doctrinas que —eso es innegable— se caracterizaban ante todo por un amplio anhelo de libertad espiritual.

Pero hay que reconocer que Carlos no hacía más que defender la sustancia que vitalizaba un imperio que tenía la majestad de tal más que nada por ser consagrado por la Iglesia Cristiana.

Él fué leal a su juramento y siguió los dictados de su conciencia, que respetaba la fe de sus mayores.

Respecto a su actitud con el propio Lutero, hay que poner de manifiesto que si él hubiera sido un monarca que se dejara arrastrar por el sentimiento de su poder, fácil le hubiera sido eliminarlo voluntariamente.

Una anécdota, rigurosamente histórica, pone, en cierto modo, frente a frente las dos grandezas: la de Carlos y la de Lutero.

Era en 1547.

Hacía poco tiempo que había muerto Lutero.

Estalla la guerra, llamada de Schmalkalden, entre el Emperador y los príncipes que formaban la liga luterana, designada con ese nombre, y cuyos principales jefes eran el elector de Sajonia, Juan Federico, llamado el Magnánimo, y el Landgrave de Hesse.

El Papa Pablo III había predicado la cruzada contra los luteranos.

Los príncipes de la Liga, después de haber dejado perder el momento más favorable, son sorprendidos por el Emperador en Muhlberg, en Sajonia y aniquila al ejército herético.

Juan Federico es hecho prisionero, y en seguida se rinde el Landgrave.

Entra Carlos Quinto victorioso en la ciudad de Wittemberg, que era el centro de la rebelión.

Va montado en su magnífico caballo de combate y lo rodea un estado mayor en el que figuran los guerreros más valientes de su imperio.

La ciudad está engalanada para recibirle y la multitud, tan predispuesta a admirar a los triunfadores, le aclama entusiasta.

Carlos está acostumbrado a la victoria. Es para él cosa familiar.

Así es que, bajo su yelmo de acero, no brilla entre su barba canosa la sonrisa del contento.

Está taciturno y grave, como siempre. Medita ya en otros problemas. Ha vencido a los luteranos, pero allá lejos, en las fronteras, se bate su espíritu con el francés. En Italia sus mercenarios pelean por la eterna manzana de discordia del Milanesado.

Más lejos, allá, detrás de los horizontes del Mediterráneo, las galeras de Mahoma cruzan las ondas azules y corren al asalto de los puertos españoles.

Todo eso pasa por su mente.

Y entretanto su cuerpo está mortificado por la enfermedad cruel, que le acosa sin piedad, que le tuerce los músculos y que como una maldición enemiga parece quisiera derribarlo para que su enorme destino no se cumpliera.

Pero él es más fuerte que todos los problemas; él se sobrepone a los conflictos; él domina, con su inmensa voluntad, al morbo que le roe la carne.

Entretanto, siguen sonando los bronces de la victoria y las aclamaciones del pueblo.

En aquella ciudad está sepultado el cuerpo de Lutero.

La tumba es el centro de peregrinaciones fanáticas de muchedumbres que vienen a adorar la tierra en que reposa el Reformador.

Y es allí, precisamente en el lugar donde se consagra la memoria de aquel cuyas ideas tantas rebeliones producen en su Imperio; es allí cuando escucha de labios de un cortesano que cabalga junto a él:

—Sire —murmura el noble—, ahí está la tumba del odioso fraile.

—Bien. ¿Y qué? —interroga Carlos frunciendo el ceño.

—Digo que podríais aprovechar este momento para terminar los conflictos de los que él es culpable.

—¿Y de qué manera crees que se puede terminar con ello?

—Pues, desenterrando el odioso cadáver y ante este pueblo estúpido, entregarlo a los perros para que lo devoren.

—¿Y crees tú —replica el monarca— que así triunfaría de él?

—Lo creo —contesta el cortesano.

—Pues conviene que sepas esto —contesta altivo y frío el Emperador:— Carlos Quinto sólo guerrea con los vivos.

VIII

ABDICACION Y MUERTE

1.—LA ABDICACIÓN

PERO llegó un día en que, agobiado por el tremendo peso de su labor, y más aún, destrozado su cuerpo por la terrible enfermedad que lo acosó toda la vida, tomó la resolución que hace tiempo meditaba.

Como en todos sus planes, hasta en sus menores detalles llevó la previsión para que, cuando se hubiera realizado su deseo, todo saliera tal cual fuere su voluntad.

Y anunció su abdicación.

Tenía entonces cincuenta y seis años.

El 25 de octubre de 1556 se realizó el acto solemne, en la ciudad de Bruselas y en el palacio de los duques de Brabante.

Allí están reunidos los grandes del Imperio, embajadores, príncipes, diputados de los Países Bajos.

En lugar preferente, hállanse los Caballeros de la Orden de Malta.

Junto al trono donde está sentado Carlos Quinto—vestido con la sencillez que acostumbraba, todo de negro y con el sólo adorno del Toisón— están su hijo Felipe y sus dos hermanas, la duquesa de Saboya y el príncipe de Orange.

Cuando llega el momento decisivo, se levanta el Emperador y, apoyando su mano en el hombro del príncipe de Orange, con voz grave y lenta hace la historia de su reinado.

Repite varias veces, como en una confesión, el concepto de que nunca fué ambicioso y que todo lo que hizo fué por el bien de sus súbditos.

—Jamás he cometido una injusticia a sabiendas —dice— pero si alguien puede quejarse de ello, le pido que me perdone.

En medio del impresionante silencio, hace una pausa, y reanuda su discurso, pero ahora con la voz temblorosa de profunda emoción.

—Si veis en mis ojos llanto, señores, no es porque lamento dejar en este instante todo el poder. Lloro



Con voz grave y lenta hace la historia de su reinado.

porque os abandono a vosotros y al país que me vió nacer.

Y después de pedir a su hijo Felipe que defienda la fe y apoye a la paz y a la justicia, cae sobre el trono como derrumbado por el esfuerzo.

Y en aquel instante se vió algo que jamás olvidarían los ojos que lo contemplaron.

Aquel hombre, bajo cuyo cetro se desarrolló la historia de las más grandes naciones del mundo durante casi medio siglo; aquel guerrero sin miedo y gobernante poderoso que dominó con un gesto las situaciones más decisivas; aquel hombre ya sin cetro y sin corona, dominado ahora sólo por su corazón, comenzó a llorar, a llorar, quizás, como jamás lo hiciera.

La grandeza emocionante de aquel momento se comunicó a todos los espectadores, y aquella muchedumbre de seres compuesta por más de mil almas, lloró también sin poderse contener.

2. — Y U S T E

Cumpliendo el plan que se había propuesto, Carlos no tardó en trasladarse a España, para refugiarse

en el monasterio de Yuste, donde tenía el propósito de pasar los últimos días de su vida, que él, con su mente siempre lúcida, veía aproximarse.

Los ataques de gota le acometían cada vez con más furia, obligándole a guardar cama días enteros.

Pero, apesar de su retiro, apesar de que no ignoraba que sus días estaban ya contados, a pesar de que su organismo estaba ya vencido y los dolores eran para él espantosa tortura, su tremenda voluntad se sobreponeía a todas esas contrariedades y, desde su soledad, su espíritu avizor vigilaba al Imperio como para custodiar el gran bien hasta el último momento de su existencia.

Así era como, entre la placidez de la vida monástica, paseando a veces por el jardín lleno de flores, entre sus pájaros, frente al paisaje montañoso, su mente siempre estaba alerta y atenta a los mensajes que continuamente le venían de todas partes. Todavía aconsejaba y hasta todavía daba órdenes, llenas de la cordura y la sabiduría que habían caracterizado sus actos de gobernante.

Pero él se consideraba ya desligado de la grandeza. Aquel hombre, que fué el primer monarca que se hizo llamar Majestad —título que se apresuraron a copiar-

le en seguida todos los soberanos de Europa— aquél que había sido el representante de la fuerza de Dios en el mundo, como Sacro Emperador Romano; en mayo de 1558 ordenó —ya que su hermano Fernando le había sustituido en el trono imperial, y su hijo Felipe reinaba en España, Países Bajos, Milán, Nápoles, Nuevo Mundo y Sicilia—, ordenó, repetimos, que el nombre del nuevo Emperador sustituyese al suyo en todos los misales de sus dominios y mandó a sus servidores que quitaran todas las insignias personales de sus habitaciones.

—El nombre de Carlos basta para mí —decía—. Ahora ya no soy nada.

En Yuste no vivía precisamente en el Monasterio.

Se había mandado construir una casa de dos pisos fuera del cuerpo principal de aquél, pero adosada a la capilla por su parte sur.

Allí había hecho abrir en su cuarto de dormir una ventana que daba al coro, de manera que si alguna vez se hallaba enfermo, podía mirar al altar directamente desde su cama, asistiendo así a misa desde su dormitorio.

Allí el Emperador se sintió al pronto mejor de sa-

lud, pero no aprovechaba esto para tratar de curarse.

Tenía junto a sí a un gran médico flamenco, Mathys, hombre joven pero ya ilustre y que además tenía devoción por el soberano, al que prodigaba los mayores cuidados.

Mathys se esforzaba por hacer cumplir a Carlos la dieta que le exigían los quebrantos de su salud, pero era inútil. Carlos se miraba al espejo, se veía sonrosado y de buen aspecto y le decía a su médico:

—Buen doctor. Tómate tú las medicinas y a mí déjame comer.

Pero en lo más íntimo, él sabía tanto como Mathys que su organismo no podría ya resistir mucho tiempo.

3. — FUNERALES EN VIDA. — LA MUERTE

Todo lo tenía previsto para la vida aquel hombre excepcional.

Pero también todo lo tenía previsto para la muerte.

Así fué como un buen día llamó al prior del convento y le ordenó sencillamente:

—Quiero que mañana, en la capilla del convento, se celebren mis exequias.

—Señor —se atrevió a responder el prior— todavía,

a Dios gracias, y que sea por mucho tiempo, estáis en este mundo...

—No he de tardar en dejarlo —contestó Carlos— y no está de más que yo mismo vea cómo se celebra mi funeral.

La orden hubo de cumplirse, y al otro día la capilla cubierta de paños mortuorios estaba iluminada por centenares de cirios.

Todos los frailes y los familiares de Carlos estaban vestidos de luto riguroso.

En medio de la iglesia se levantaba un imponente catafalco.

Y en medio de la mayor solemnidad, comenzó el oficio de difuntos por el alma de Carlos Quinto Emperador Sacro.

Las preces y los cantos funerarios se elevaban en el silencio del coro, y las voces fueron adquiriendo tan profundo tono de lamentación, que demostraban que todos aquellos espíritus, sugestionados por la idea de la muerte del gran hombre que aún alentaba entre ellos, ya lloraban la pérdida que marcaría una profunda huella en la historia del mundo.

Carlos, envuelto en una amplia capa negra y con un cirio encendido entre sus manos, que no temblaban ni de miedo ni de dolor, asistía mudo y reconcentra-

do a aquella ceremonia que celebraba sus propias exequias.

El acto tocaba a su fin. Carlos, entonces, se adelantó hasta el oficiante, y de rodillas ante él, bajando la cabeza con la mayor humildad, le entregó el cirio que tenía entre sus manos, para demostrar así que el Emperador, al igual que la más pequeña de las criaturas, entregaba su alma al Señor.

A los dos meses, Carlos Quinto dejó de existir.





INDICE

- I. EL MUNDO EN EL SIGLO XVI. — 1. Se abre una era de grandeza. — 2. La geografía política del año 1500. — 3. La geografía espiritual. — 4. Los padres de Carlos..... 5
- II. CARLOS, PRINCIPE. — 1. Inclinationes.— 2. La niñez. — 3. Los maestros. — 4. La juventud. — 5. El epitafio de un valiente.— 6. La ingeniosa respuesta. — 7. Amor a las cosas bellas 13
- III. CARLOS, REY. — 1. España y el Nuevo Mundo. — Los rivales. — 2. Hostilidad de España. — El gran Cisneros. — 3. La altivez ibérica. — 4. El Sacro Romano Imperio. 5. Francisco de Valois. — 6. Enrique Tudor. 7. — La elección 25
- IV. CARLOS, EMPERADOR. — 1. Un gran Imperio y un emperador pobre. — 2. Un gesto como hay pocos. — 3. La mirada del águila.— 4. ¿Ambición? — 5. En Worms. Carlos da al mundo el programa del Imperio. — 6. La primera guerra. — 7. Los mercenarios. — 8. Los Comuneros. — 9. Cómo mueren los héroes 41
- V. LAS GUERRAS. — 1. Francisco contra Carlos. — 2. Carlos de Borbón. El caballero Bayardo. — 3. La batalla de Pavía. — 4. El desafío. — 5. La ocasión de Francisco. — 6. Triboulet. — 7. El genio multiforme. — 8. La vida íntima. — 9. El dolor más grande 57

VI.	LA DEFFENSA DE LA FE. — 1. Los enemigos de la fe. — 2. Los musulmanes. — 3. Solimán. — 4. Barbarroja. — 5. Los paladines de la Fe. — 6. Túnez. — 7. Argel. — 8. Lepanto	84
VII.	LAAS LUCHAS RELIGIOSAS. — 1. Un hombre frente a un mundo. — 2. Martín Lutero. — 3. El origen de la Reforma. — 4. La difusión de las nuevas ideas. — 5. Las sectas. — 6. Los anabaptistas. — 7. Ignacio de Loyola. — 8. Carlos, magnánimo	95
VIII.	ABDICACION Y MUERTE. — 1. La abdicación. — 2. Yuste. — 3. Funerales en vida. La muerte	112

BIBLIOTECA BILLIKEN

CON las publicaciones de esta Biblioteca, la Editorial Atlántida se propone realizar un amplio y sostenido plan de divulgación literaria, en que las exigencias de una seria cultura se encuentren siempre conciliadas con la amenidad y sencillez que la hacen grata y asequible a todos. Los libros de la BIBLIOTECA BILLIKEN se distribuyen en tres colecciones: 1º, COLECCIÓN ROJA: comprende reducciones o adaptaciones de obras maestras de la literatura universal; 2º, COLECCIÓN VERDE: vidas famosas, sea por su ejemplaridad, por su especial significación en la historia, o por el interés épico o novelesco de sus peripecias; 3º, COLECCIÓN AZUL: obras, hechos y hombres de América.

BIBLIOTECA BILLIKEN

Volúmenes publicados en las tres colecciones
que comprende:

COLECCION ROJA

- | | |
|----------------------------------------|------------------------------------------|
| LA ILIADA | CUENTOS Y APOLOGOS DE
TOLSTOI |
| LA ODISEA | FABULAS DE IRIARTE |
| DON QUIJOTE DE
LA MANCHA | VIAJES DE GULLIVER |
| TRES OBRAS DE SHAKE-
SPEARE | LA CABAÑA DEL TIO TOM |
| TRES DRAMAS DE CALDERON | LOS TRES MOSQUETEROS |
| CUATRO OBRAS DE WAGNER | EL JINETE SIN CABEZA, por
Mayne Reid. |
| OLIVERIO TWIST, por Carlos
Dickens. | TRES COMEDIAS DE MOLIERE |
| LA PIEL DE ONAGRO, de Balzac. | IVANHOE, por Walter Scott |

COLECCION VERDE

- | | |
|------------------------|-----------------|
| GRANDES INVENTORES | CRISTOBAL COLON |
| GRANDES MUSICOS | MAGALLANES |
| GRANDES PINTORES | HERNAN CORTES |
| SANTA TERESA | MAHOMA |
| SAN FRANCISCO DE ASIS | NAPOLEON |
| SAN IGNACIO DE LOYOLA | PASTEUR |
| MARTIRES DE LA CIENCIA | CROMWELL |
| VIAJES DE MARCO POLO | CABEZA DE VACA |
| JUANA DE ARCO | CARLOS V |

COLECCION AZUL

- | | |
|---------------------------------|----------------------------------------------------------------------|
| LINCOLN | UNA EXCURSION A LOS IN-
DIOS RANQUELES, por Lucio
O. Mansilla. |
| SAN MARTIN | MARTIN FIERRO |
| BOLIVAR | EL FAUSTO de Estanislao del
Campo. |
| 350 POESIAS PARA NIÑOS | MARIA, de Jorge saacs. |
| TEATRO INFANTIL | LA CONQUISTA DEL PERU |
| AMALIA | EL ULTIMO MOHICANO, de
Fenimore Cooper. |
| LEYENDAS Y FABULAS
GUARANIES | LINIERS |
| JUAREZ | |
| BUCHARDO | |

EDICION ECONOMICA:
Precio de cada volumen \$ 1.20

EDICION DE LUJO:
Precio de cada volumen \$ 2.00

COLECCIÓN ANTORCHA

BIBLIOTECA DE DIVULGACION
CULTURAL

VOLÚMENES PUBLICADOS Y EN PRENSA:

M. VILLEGAS LÓPEZ. — EL CINE

ERNESTO MORALES. — SARMIENTO DE GAMBOA

CELSO CRUZ. — LA CONQUISTA DEL AIRE

PEDRO VALLE. — LOS PIRATAS

ERNESTO MORALES. — LA ATLANTIDA

CÓRDOVA ITURBURU. — SOCRATES

ALFREDO MONTE. — DARWIN

Precio del volumen corriente: \$ 1.20 m/n.

CUENTOS DE VIGIL PARA LOS NIÑOS

1. LA HORMIGUITA VIAJERA
2. LA HORMIGUITA VIAJERA SI-
GUE PERDIDA
3. LA HORMIGUITA VIAJERA SU-
FRE UN NUEVO PERCANCE
4. LA HORMIGUITA VIAJERA SE
ENCUENTRA CON EL MANCHADO
5. LA HORMIGUITA VIAJERA TER-
MINA SU LARGO VIAJE
6. EL IMAN DE TEODORICO
7. LA LIEBRE Y LA TORTUGA
8. LOS ENANITOS JARDINEROS
9. LOS ENANITOS JARDINEROS SI-
GUEN HACIENDO EL BIEN
10. EL LEON CIEGO
11. LAS RANITAS Y LA CIGUEÑA
12. PERLITA LA TEJEDORA
13. EL GALLO Y EL TERO
14. MISIA PEPA ESTA DE VIAJE
15. LO QUE CONTABA MISIA PEPA
DE SU VIDA EN LA CIUDAD
16. LA VERDADERA VIDA DE MISIA
PEPA EN LA CIUDAD
17. CONTINUAN LAS VISITAS Y
DESPEDIDAS DE MISIA PEPA
18. GORGORINO
19. LA SUERTE
20. LOS PUMAS QUE QUISIERON
VOLVERSE MONOS
21. EL COMILON DE PAJAROS
22. LOS RATONES CAMPESINOS
23. LA MONEDA VOLVEDORA
24. EL PATITO GLOTON
25. EL SEÑOR FIRULETE
26. EL SAPO HUEVERO
27. MISERICORDIA
28. EL SAPO Y LOS GRILLOS
29. EL CARACOL Y EL MANCHADO
30. EL VIAJE DE EL MANCHADO
31. LA VUELTA DE EL MANCHADO
32. NUEVAS HAZAÑAS DE EL
MANCHADO
33. LA TIJERA Y EL SERRUCHO
34. SUERTE PERRA
35. AVENTURAS DE UN BOTON
36. UN EXTRAÑO GUARDIAN
37. LA CUEVA MISTERIOSA
38. SANTO REMEDIO
39. EL HAMBRE HACE TRABAJAR
40. MUÑEQUITA
41. DOÑA SIMONA

Casa Atlántida,
Florida 643, Bs. Aires,
envía libre de porte estos
libritos.

SIN caer en los errores de las narraciones que aterrorizaban a los niños, Vigil entretiene y educa sin atemorizar. Encanta el alma infantil eludiendo el interés enfermizo de la literatura truculenta y, por el fondo ético y ejemplar de sus descripciones, satisface las exigencias de la pedagogía moderna.

42. LOS ANTEOJOS
43. EL CASAMIENTO DE LA COMADREJA
44. EL PRIMER RANCHO
45. LOS CONEJOS SILVESTRES
46. LOS CHANCHIN
47. LO MAS INUTIL DEL MUNDO
(primera parte)
48. LO MAS INUTIL DEL MUNDO
(segunda parte)
49. EL GANSO BROMISTA
50. TRAGAPATOS
51. EL MONO RELOJERO
52. PRIMERAS ANDANZAS DEL MONO RELOJERO
53. EL MONO RELOJERO DE VENDEDOR AMBULANTE
54. NO VAN BIEN LOS NEGOCIOS DEL MONO RELOJERO
55. EL ULTIMO DESENCANTO DEL MONO RELOJERO
56. NUEVA SALIDA DEL MONO RELOJERO
57. EL MONO RELOJERO Y LA CIQUENA.
58. RELAMPAGO.
59. EL PIRINCHO ENFERMO
(primera parte)
60. EL PIRINCHO ENFERMO
(segunda parte)
61. LOS ESCARABAJOS Y LA MONEDA DE ORO
62. PEDRIN
63. EL HOMBRE QUE ENTENDIA A LOS ANIMALES
64. CUANDO LOS LOROS ERAN PERSONAJES
65. JOFINA
66. LOS FRUTOS DE LA VENGANZA
67. PERICO EL PESCADOR
68. LA UNION HACE LA FUERZA
69. CABEZA DE FIERRO
70. EL SOMBRERITO
71. EL HUEVO BLANCO
72. ARTURO Y SU BARRA
73. ¡PUMBA!
74. EL GORDITO
75. ¡SI TUVIERAMOS UNA CABRA!
76. UNA BUENA LECCION
77. LOS EMBOZADOS
78. LA FAMILIA CONEJOLA
79. "SIETE CHALECOS"
80. LOS SEIS HOMBRES DE JULIAN

\$ 0.10

moneda argentina
cada librito.

BIBLIOTECA DE "LA CHACRA"

VOLÚMENES PUBLICADOS Y EN PRENSA:

1. — LA INCUBACION.
2. — RICINO, SOJA Y SÉSAMO.
3. — ANIMALES PILÍFEROS.
4. — INDUSTRIALIZACIÓM DEL CERDO.
5. — PATOS.
6. — PAVOS.
7. — CITRUS.
8. — LA COLMENA.

Precio de cada volumen: \$ 1.50 m/arg.

Pedidos por mayor y menor:

CASA ATLÁNTIDA. - FLORIDA 643. BUENOS AIRES.

